

EL JARDÍN DEL EDÉN



EL JARDÍN DEL EDÉN

REVISADO POR LA CENSURA

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES ESPECIALES

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Ediciones BISTAGNE - Pasaje de la Paz, 10 bis - Tel. 2717 A. - BARCELONA

El Jardín del Edén

Versión cinematográfica de la comedia

de

BERNNAUER y OESTERREICHER

Exclusiva de

UNITED ARTISTS

Rambla de Catalunya, 60 y 62 - BARCELONA



Argumento narrado por FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

REPARTO



TONI	CORINNE GRIFFITH
ROSA	LOUISE DRESSER
RICARDO	CHARLES RAY
ENRIQUE D'AVRIL. . .	LOWELL SHERMAN
Etc.	

EL JARDÍN DEL EDÉN

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

I

El pan vienés cuenta con muchos admiradores, pero contaría con muchos más si Antonietta Lebrun, conocida familiarmente por Toni, hubiese podido presentarse, en retratos como los que se ha puesto de moda colocar de artistas de cine en las tabletas de chocolate, a los consumidores de los sabrosos panecillos.

En efecto, si su linda figura hubiese sido conocida de todos los adeptos masculinos del pan vienés, éstos, verdaderamente encantados de su prodigiosa hermosura, se hubieran encargado de ensalzar sus

peregrinas cualidades de hermosa, y a estas horas no habría un solo mortal que no consumiese el pan de la capital de los lánguidos valeses.

No se sorprenda demasiado el caro lector de este principio, ni crea tampoco que no viene a cuento aquí más que porque Toni era vienesa; no, pues además de ser compatriota de Franz Lehar, el gran amigo de los románticos del globo, la gentil muchacha vivía con unos tíos que poseían una importante tahona.

Toni quedó huérfana en tem-

prana edad y fué amorosamente recogida por sus humanitarios tíos, a quienes Dios no concedió ningún hijo.

La noble pareja recibió agradecida el regalo que tristes circunstancias le enviaron, y desde entonces su vida tuvo dos misiones: el cuidado de la sobrina y la buena administración del negocio de pan.

Fueron pasando los años y Toni se transformó en un lirio espléndido, orgullo de sus segundos padres, cuya mayor ilusión era convertirla en una mujer adorable, dándole para ello la más sana educación.

Llena de gratitud, Toni respondía a los esfuerzos que hacían sus parientes, pero no podía, a pesar de intentarlo repetidas veces, compartir su sumisión a la prosa de la existencia...

Su espíritu volaba hacia las más altas regiones, hacia las esferas que evocaba la música de su país.

Y muchas veces, contemplando desde la ventana de su cuarto la bóveda azul salpicada de lentejuelas de plata, como un inmenso atavío de bailarina de buen gusto, se

tildaba de egoísta por alimentar esperanzas que sus tíos no querían aprobar jamás.

Pero eran estériles todas las reflexiones a que a diario y siempre en aumento se entregaba. La voz de su conciencia no le reprochaba su ambición, limitándose solamente a aconsejarle prudencia. En cambio, la voz del corazón la hacía vacilar, intentando ligarla cada vez más eficazmente a sus tíos, ordenándole que su única preocupación fuese el hacer agradable la vejez de quienes le habían sacrificado algunos años de sus buenos tiempos.

Eso no lo podía olvidar Toni, ni lo olvidaría nunca, y era precisamente por ellos que iba decidiéndose más cada día en el plan que se había trazado...

Si ella triunfaba, sus adorados tíos vivirían holgadamente el resto de su jornada.

Su afición favorita era el *bel canto*. Tenía una bonita voz, y se aplicó en el Conservatorio, anhelosa de triunfar en los exámenes.

Sus tíos no suponían que la fe que Toni ponía en los estudios era

debida al afán que ella tenía de cantar en los grandes escenarios. Se imaginaban que su sobrina estudiaba el canto con la misma finalidad que el piano, es decir, para adornarse de atractivos de mujer de hogar.

Al principio, Toni no sabía si llegaría un día en que se decidiría a lanzarse por el camino del triunfo, fiando en sus propios medios. Sentía entonces ya el ansia de volar, pero le faltaba la audacia de confesarse que sabría intentarlo.

Ahora esa fuerza de voluntad no le faltaba, aunque aun luchaba con ciertas vacilaciones puramente sentimentales.

Esa temeridad de que a la sazón hacía alarde, se la habían ido inculcando sus compañeras de estudios, algunas de las cuales ya triunfaban en distintos escenarios.

Le habían ponderado tanto su belleza y su temperamento artístico, que Toni llegó a convencerse de que su quimera no debía quedar en sueño, sino convertirse en realidad.

Pero ella sería una mujer seria. Haría arte por el arte, no

únicamente con fines interesados.

Ella no imitaría a ciertas alumnas del Conservatorio, de las que se contaban cosas muy desagradables. Que si el señor X, que si el barón de Z...

No, no. Nada de protectores. Lucharía, subiendo uno a uno, si fuera preciso, los escalones de la larga escalera del éxito; pero cuando triunfase se encontraría libre de gente peligrosa...

No envidiaba la popularidad de que gozaba una antigua alumna de música. Era muy buen tipo, no tenía mucha voz, pero la poca que tenía se dejaba oír con agrado. Una voz de salón. Pues bien, un acaudalado financiero se encargó de "empujarla" y en poco tiempo la "poquita cosa" fué consagrada como primerísima cantante, no faltándole contratos en todas partes.

Ella sería célebre por sí misma. Se lo decía el corazón.

Llegaron los exámenes y Toni obtuvo excelentes notas; y al llegar tan codicioso momento se planteó en el cerebro de la ilusionada la solución del problema de su porvenir.

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Escribió a una agencia artística que se reputaba de seria, y cuando recibió la contestación que esperaba, no titubeó más.

Partiría.

¿Avisaría a sus tíos?

No lo juzgó conveniente. Se opondrían categóricamente a dejarla marchar.

Tenía algunos ahorros, amasados a fuerza de economías y privaciones de caprichos, y podía pagarse el viaje a la ciudad de Budapest, que era de donde la contrataban.

La aventura le parecía deliciosa, y para no desanimarse en los últimos momentos, los peores de vencer, recordó la vida de algunos eminentes artistas, cuyos comienzos tenían cierta relación con el suyo.

Indudablemente, todos los grandes artistas habían logrado serlo tras una serie de peripecias a cual más sugestiva.

Consultó el caso con su mejor amiga, una ilusa como ella, y su opinión fué favorable a su proyecto.

—Si yo me atreviera—le contestó la compañera—, iría contigo. Pero mamá está un poco enferma.

—Ya te escribiré dándote cuenta de mis éxitos—prometióle Toni puerilmente.

—Eso, eso... No me dejes sin noticias tuyas, y tan pronto se restablezca mamá te pediré el inmenso favor de procurarme una contrata, a fin de que pueda reunirme contigo.

Así quedó convenido, y Toni no titubeó más: se pondría en camino de Budapest aquella misma noche.

Sus tíos, sin tener de ello la menor sospecha, charlaron con ella de sobremesa dentro del metódico horario en que se desenvolvía su vivir, y nada dejó entrever Toni, a pesar de la impaciencia que la dominaba.

A la hora de costumbre fueron a acostarse, después de asegurarse de que la puerta de la tienda estaba cerrada bajo doble llave, y pronto las habitaciones superiores quedaron sumidas en el mismo silencio y la misma obscuridad que la planta baja.

Toni se acostó vestida, por si su tía entraba en su cuarto para prohibirle que se dañase los ojos leyendo algún libro a la débil luz de una lámpara de gas; y esperó...

Y cuando dieron las once en un cercano reloj, Toni apartó el embozo de la cama y, con sigilo, puso pie en tierra.

La suerte estaba echada.

Abrió una maleta y la llenó de sus cosas.

Luego descolgó un cuadro que pendía del muro de la cabecera de su lecho y sacó de él un diploma que decía:

Conservatorio de Música de Viena

Diploma

TONI LEBRUN

*ha terminado satisfactoriamente
el curso de educación vocal para
la Gran Opera*

*George Ludelm,
Director del Conservatorio*

*R. Slezack,
Profesor*

Se aseguró, después, de que en su bolso de mano había una carta, y salió de puntillas de su habitación, avanzando por el corredor hacia la cámara de sus tíos.

Empujó sin hacer ruido la puerta del cuarto de éstos y los contempló con ternura.

Les pedía perdón por su fuga en pos de la fortuna, prometiéndoles que sabría compensarles de la amargura que su ausencia les causaría, con sus noticias de triunfadora.

La tía se agitó en el lecho, y Toni, apresuradamente, desapareció de la habitación, volviendo a cerrar la puerta con cautela.

Después de preparar sus cosas había escrito una carta de despedida para sus tíos, y la dejó en sitio visible para que éstos la encontrasen al nuevo día.

Al poco estuvo en la tienda, a la que también, con melancolía, pronunció su adiós, y una vez en la calle tomó un coche y se hizo conducir inmediatamente a la estación.

Tenía el tiempo justo para no perder el tren.

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

En efecto, apenas llegada al andén, el tren silbó, anunciando su salida.

Toni subió a un compartimiento en que no había nadie, y tras

ella cerró la portezuela un empleado, quien se detuvo unos instantes a examinarla curiosamente, extrañándole que una muchacha con aire de colegiala viajase sola.

* * *

Era la primera vez que Toni se ausentaba de Viena. Cosida siempre a las faldas de su pobre madre, primero, y después a las de su bondadosa tía, no conocía del mundo más que la bella ciudad y su hogar.

Por tal motivo iba en el tren un tanto cohibida, pero serena, no amedrentándola el mañana, confiando en que los demás seres que iría conociendo serían tan buenos y comprensivos como sus tíos.

Mientras el tren devoraba cantidades enormes de camino, Toni leyó o, más bien, hojeó algunas revistas; y luego, para seguir distrayéndose, más que por apetito, entregóse a la función de comer parte de sus provisiones de viaje.

Y en tanto se endulzaba el paladar con algunos bizcochos que le recordaban con simpatía la taho-na, leía, por no sabemos cuántas veces ya, la siguiente carta:

Palais de Paris

Budapest

Señorita Toni Lebrun

Viena

Señorita:

Examinados su diploma y sus fotografías, tenemos fe en el éxito que espera a usted como cantante de ópera.

Si quiere usted venir a Budapest—a sus expensas—nos será grato guiarla al anhelado triunfo.

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Desde luego, puede usted considerar esta carta como un contrato.

Muy afectuosamente,

F. Bauer

Directora del Palais de Paris

Los ojos de la artista en embrión brillaron de gozo, su suave pecho se dilató en un profundo suspiro, y, apartando de sus rojos labios el bizcocho que en aquellos momentos estaban mordisqueando las perlas de aquel estuche de grana, se puso a soñar...

Se imaginó llegada a Budapest. Su belleza y su arte cautivaron a todos en los primeros ensayos, y el más famoso empresario la contrató para que actuase durante una larga temporada en el maravilloso "Palais de Paris".

Su debut fué algo grandioso, nunca registrado en los anales del teatro.

La fama la convirtió en la nota de actualidad de la nación, que se enorgullecía de poseer tan excepcional artista, y los más encumbrados personajes le rindieron honores.

Cada día, a la hora en que se

presentaba en el "Palais de Paris" para actuar, una doble hilera de caballeros y encoquetadas damas la saludaban como a un ídolo, y Toni pasaba rápidamente ante ellos pisando una valiosa alfombra colocada exclusivamente para ella.

Su camarín estaba siempre lleno de flores, lo mismo que las suntuosas habitaciones del hotel en que se hospedaba con una legión de servidores.

¡Qué feliz era! ¡Había llegado ya a la cima de la gloria! ¡El mundo estaba a sus pies!

Sonando, sonando, Toni vióse en su camarín, ricamente alhajado, en manos de sus criados.

Cuatro doncellas atendían al embellecimiento de su cuerpo de diosa, un famoso peluquero hacía filigranas con su pelo de oro y varias modistas le mostraban sus últimas creaciones, para que la favorita del mundo escogiera la *toilette* más digna de su belleza sin par.

Y así, Toni parecía cada noche una reina al presentarse en público, y acatando el refrán de *à tout seigneur, tout honneur*, el sobera-

no de la nación, en persona, bizole anunciar, por el empresario, conde Pagani, su desco de entrar a saludarla antes de que saliese a escena aquella noche.

El empresario se habia hinchado de júbilo ante el honor que el Monarca hacia a su primerísima artista, pero Toni, acostumbrada a los mayores tratamientos, recibió la noticia con suma naturalidad.

—Que pase Su Majestad—dijo sin moverse de su tocador.

Y se miró a su confidente el espejo. Estaba bellísima.

Pero el Rey ya habia penetrado en el camarín de la hermosa cantante, y fué hacia ella sonriéndole como un buen amigo.

Toni levantóse de su trono de perfumes parisenses y, prendado de su hermosura, el Soberano le besó rendidamente la mano, lamentando no poder hacerlo en los mismos labios de la triunfadora...

Y a continuación del saludo de ritual, el Rey condecoró a la eximia artista, uniéndose personalmente a los vitores que lanzaron

sus acompañantes y la legión de servidores de la aclamada.

Pero era hora de empezar la función. El traspunte, cumpliendo su deber, abrió la puerta del camarín de Toni y gritó:

—¡Señorita Lebrun, a escena!

Toni se aprestó a obedecer.

—Perdón, señor... —dijo al Rey—. Vuestra charla es muy amena, pero no dispongo de mí. Ya veis, soy esclava...

El Monarca le murmuró alguna frase frívola al oído, y Toni, arrebolada y riente, le dió unos golpecitos en el hombro, para que no siguiera por aquel camino. ¡Uy, qué picaro era el Soberano!

El traspunte reapareció de nuevo en la puerta del camarín y gritó más fuerte todavía que antes a Toni:

—¡A escena, señorita!

Y aun vino otra vez, y como a la tercera va la vencida, el Rey retiróse y Toni pudo salir a escena, cesando de sudar el consciente traspunte.

Y la función, como todas, valió un nuevo triunfo a la mimada de las Musas...

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Profundamente dormida en sus visiones de gloria, Toni no se dió cuenta de que llegaba a Budapest.

Un empleado tuvo la ocurrencia, feliz por cierto, de abrir la portezuela del compartimiento que ella ocupaba, sola, desde Viena, para colocar en él el equipaje de un viajero, que luego prefirió subir a otro vagón porque había visto a un conocido; y la despertó.

—Señorita... señorita...

—¿Qué... qué ocurre? — pre-

guntó, alarmada, Toni, despertando bruscamente.

—Está usted en Budapest.

—¡Oh! Espere... Voy a bajar.

—Dése prisa.

En su precipitación, Toni dejó olvidado encima del asiento el bolso conteniendo las provisiones de boca, y el empleado, bendiciendo la ganga, se hizo cargo de ellas, dándose un banquete de carne fría y bizcochos vieneses que sabían a miel.



Preguntando se va a Roma, y pasando de Herodes a Pilatos, Toni fué puesta en el buen camino del "Palais de Cristal".

Su paso por las calles, animadas a aquellas horas de la mañana de trabajadores que se dirigían a sus talleres los unos, y a las oficinas los demás, llamaba la atención, pues se echaba de ver que era una forastera, y no porque llevase una maleta de viaje, sino por su aire de mujer perdida fuera de su hogar.

El atavío de Toni no era, asimismo, el de una joven de la ciudad. Su falda un tanto larga y su sombrero de margaritas le daban un aspecto de provinciana.

No llegaremos a afirmar que algunos la confundían con una de

esas muchachas que los pueblos mandan a las capitales para que sirvan en casas de señores más o menos auténticos, ya que, apenas observada, veíase que Toni era distinguida y fina aun dentro de sus modestos vestidos. Además, sus lindas manos pregonaban su condición de señorita.

A medida que iba avanzando hacia el "Palais de Cristal", Toni miraba a un lado y a otro de la calle, buscando las riquezas que se había imaginado alrededor del Gran Teatro; y extrañábase la sencillez de las construcciones y la estrechez de la calzada, que distaba de ser la de una avenida como ella soñara.

Por fin llegó ante la entrada de un local que tenía aspecto de cine-

matógrafo, y se detuvo, desagradablemente sorprendida al leer en un rótulo sobre la fachada: "Palais de Paris".

No había duda que allí era donde la habían contratado. No podía haber en la ciudad dos teatros con el mismo nombre.

Su sueño había sido un engaño.

¿Dónde estaba aquella valiosa alfombra, en la blandicie de cuyo terciopelo se hundían, en la quimera, sus pies graciosamente calzados?

En lugar de aquel fino piso vio el suelo lleno de rizos de serpentina, huellas de fiesta que se estrechaban aún bajo el soplo del aire o se contraían al recibir los golpes de una escoba que empuñaba una humilde mujer...

¿Qué teatro era aquél?

Fue avanzando, y, sobreponiéndose a la mala impresión que el aspecto del mismo causó en su ánimo, acercóse a la empleada que barría la entrada.

—Deseo ver a la señora directora—le dijo.

—Casualmente, hoy está levantada. Se conoce que es día de pa-

go. Pase, y a mano derecha encontrará usted a la modista. Ella la presentará a la señora—contestóle la mujer de faenas, con esa franqueza peculiar de las buenas gentes.

Toni siguió humildemente las instrucciones de la barrendera, y en el cuarto indicado por ésta encontró a la modista del teatro, una mujer de edad otoñal, de simpático rostro, en el que quedaba todavía el rastro de una espléndida belleza.

Al verla, Toni se tranquilizó. Si todos fuesen como esa mujer, no dudaba que sería feliz en aquel sitio.

—Buenos días, señora...—saludó cariñosamente—. Descarta ver a la directora...

La modista la examinó de arriba abajo con cierta curiosidad y a través de los cristales de sus gafas; y suplicándole que se sentara unos momentos, fue a ver a la dueña del "Palais".

Esta se hallaba trabajando en su despacho. Se llamaba madame Bauer y su tipo era ambiguo. Ni hombre ni mujer, a causa del exa-

gerado corte del cabello y el no menos exagerado atavio que le daba marcada apariencia masculina. Su carácter, su modo de fumar y el uso de monóculo eran otras tantas causas de que su sexo se prestara a equívoco.

La modista le anunció a Toni.

—Una muchacha de modesto porte quiere ver a usted, madame Bauer.

—Hágala entrar.

Toni siguió a la modista, y al observar, una vez en el despacho, que surgía humo de tras un periódico, pensó que iba a tratar con un caballero; y su sorpresa fué mayúscula al ver aparecer, al separarse la valla de papel, a una mujer de tan imponente aspecto como el de cualquier hombre severo.

Examinándola detenidamente, madame Bauer inquirió:

—¿Quién es usted, señorita?

Por toda respuesta Toni le alargó el diploma original del Conservatorio de Viena, del cual le mandara una copia con sus fotografías.

La directora leyó el documento y, recordándola, repuso:

—Sí... sí... La esperaba a usted... Usted es... una tiple, una futura diva, ¿verdad?

—Sí, señora...

—Bien, bien... A ver, enseñeme sus piernas.

—¿Mis piernas?

—Naturalmente... ¿las tiene usted feas?

—No sé... Véalas usted...

Y se levantó la falda hasta un poco más arriba de la rodilla.

—Un poco más, señorita.

—Pero...

No comprendiendo el interés que podían tener sus piernas para cantar, Toni dirigió su vista hacia la modista, como suplicándole una explicación, y siguió levantándose la falda maquinalmente, hasta dejar al descubierto un poco, un poco nada más, de la albura de su piel.

Madame Bauer sonrió enigmáticamente y dijo:

—Muy bien. Usted triunfará como cantante de ópera, no lo dude.

—Es mi mayor deseo, señora.

—Llámemme madame.

—Sí, madame...

—Puede usted ir con la modis-

ta y ella le enseñará el escenario, para que aprenda usted a moverse en él...

—Pero... necesitará usted oír mi voz para juzgarme.

—Sí, cuando venga el maestro.

—Como usted mande, madame.

—¿Quiere usted venir conmigo, señorita?—le dijo la modista.

—Con su permiso, madame—pronunció Toni, despidiéndose de la directora, que no cesaba de inspeccionarla.

—Hasta luego. Y usted, Rosa

—añadió, dirigiéndose a la modis-

ta—, recomiéndela a la pensión de nuestras artistas y edúquela un poco.

Asintió la modista, y Toni salió del despacho de madame Bauer preguntándose por qué le habían hecho enseñar las piernas y para qué la tenían que educar... ¿Es que no la habían educado ya en el Conservatorio?

Pero se tranquilizó pensando en que todos los comienzos son difíciles y que había muchas cosas que ella ignoraba y que debía aprender para trabajar ante el público.

* * *

Toni conoció a varias de las *girls* que trabajaban en el "Palais de Paris" y que se hospedaban en la misma pensión donde la recomendó la modista por orden de madame Bauer, pero como no se preocupaba más que de su debut, no se enteró del género de vida que dichas muchachas llevaban...

El maestro del "Palais" no le dedicó más que breves momentos, acompañándola al piano, pues las canciones que constituían el repertorio de Toni eran muy sencillas; y su presentación en las tablas fué anunciada para unos días después, en que se variaba el programa.

La modista había recibido el encargo de madame Bauer de vestir a Toni con el traje con que *se viera más*, y, fiel a su misión de obede-

cer como un autómeta, Rosa le preparó un atavío que le dejaría al descubierto todo lo que se podía enseñar hasta el límite máximo de las ordenanzas gubernativas, y acaso un poco más...

La hora de la función había sonado ya. Salieron a escena los primeros números, formados a base de las lindas coristas del selecto *music-hall*—pues no era otra cosa el negocio de madame Bauer—, y durante esos cuadros llegó a la concurrida bombonera un conocido cliente.

Un camarero le saludó llamándole por su apellido.

—Buenas noches, señor D'Avril.

Otro le llamó barón, algunos le dijeron conde, los de más allá Excelencia y Alteza, y, por último,

al llegar el popular personaje ante madame Bauer, ésta le saludó con camaradería por su nombre de pila:

—¡Hola, Enrique!

—¡Hola, simpatiquísima madame Bauer!

Enrique D'Avril era el Don Juan del *music-hall*. Su popularidad en aquel centro la debía a su fortuna y a su amabilidad con las artistas de la casa que le resultaban interesantes, y que eran todas, pues madame Bauer sabía escoger su elenco.

Todos los camareros y empleados le trataban a cuerpo de rey por sus esplendideces, y madame Bauer no le regateaba ningún favor, para que no se le escapara el más importante consumidor de champaña...

D'Avril sentóse en un palco en compañía de madame Bauer, y dijo a ésta, mientras en escena evolucionaban doce encantadoras morenas a cual más escutural, dejando, una combinación de luz, transparentar sus torneados pedestales:

—¿Quiere usted, Mme. Bauer, mostrarme su "menú"?

Sonriente, la directora le entregó una cartulina doblada en su mitad, como una Carta à la haute, y D'Avril leyó en la portada:

PALAIS DE PARIS

Directora: Madame Bauer

PROGRAMA

Y en el interior:

La Sirena Azul
Ondulante y fascinadora

—
La niña de las Esculturas
Trastorna de los varones graves

—
Las Doce Alegres Marineras

—
Las Tres Bellas de Manchester
Dulce fruta londinense

Ese "menú" lo conocía ya sobradamente el Don Juan.

—¿No hay ningún plato nuevo? — preguntó, sorprendido de que no hubiese aún ningún debut excepcional.

—Siga usted leyendo, querido Enrique. No sea usted impaciente. Los platos conocidos figuran en

primer lugar, pero fijese en el último.

Y D'Avril leyó:

Toni Lebrun

La diva de seductora timidez

—¿Quién es esa Toni? No la conozco—declaró.

Guiñándole picarescamente un ojo, madame Bauer repuso:

—Un plato especial que podría llamarse "pichón a la campesina".

—Me gusta el pichón, madame.

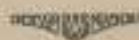
—Ya sé que es usted un buen gastrónomo.

—¿Tardará en volar hacia aquí?

—Después de "Las Tres Bellas de Manchester".

—*All right!*

Y D'Avril esperó con extraordinario interés la aparición del pichoncito, sin preocuparse de lo que ocurría en escena, donde las doce marineras de agua dulce mareaban a los espectadores como si viajaran en un trasatlántico capeando un temporal...



II

En el cuarto de las coristas Toni estuvo a punto de caerse de espaldas al ver el traje que Rosa le ayudó a ponerse y que estaba constituido por una faldita de muñeca y una especie de chaquetilla que le cubría escasamente lo que toda mujer decente tiene más empeño en cubrirse...

—¿No hay más ropa?—preguntó a la modista, cuando ésta dió por terminado su trabajo con ella.

—Este vestido se lleva así—respondió Rosa.

—¿De ningún modo!

Las compañeras que se preparaban para sus números la mira-

ban sonriendo con ironía. ¡Qué tonta era la tiple! ¿Cómo quería, pues, salir a escena, para triunfar? ¿Acaso vestida de hábito?

Rosa trató, ateniéndose estrictamente al cumplimiento de su obligación, de persuadir a Toni.

—Le aseguro que está usted muy bien con este traje. Vamos, apresúrese, que pronto le tocará el turno.

Pero Toni, que sudaba a mares sólo de pensar que alguien podía verla vestida tan a lo fresco, protestó enérgicamente, decidida a renunciar a todo por sus principios morales.

—¡Yo no salgo con este traje!

Aquella escena resultaba divertida a las coristas, a las que les importaba poco vestirse una *toilette* u otra, acostumbradas a desenvolverse en el ambiente frívolo del *music-hall*.

Rosa, viendo que eran inútiles sus esfuerzos para convencer a Toni, le dijo, inhibiéndose de aquel asunto:

—Mire usted que lo ha elegido personalmente madame Bauer.

—¡Pues que se lo ponga ella personalmente!—exclamó Toni.

—Pero, mujer...

—¡Nada, nada!

—Tenga en cuenta que no hay tiempo que perder. Vámonos, sea usted razonable...

—¡Yo no llevo un traje como este ni por madame Bauer ni por nadie!

En tal momento, cercano ya el instante del debut de la nueva artista, el tierno pichón ansiosamente esperado por D'Avril, entró en el cuarto de las artistas madame Bauer, para dar sus últimos consejos a Toni y verla con el traje que le había hecho destinar.

Al llegar a la puerta del cama-

rín general oyó la última exclamación de Toni, y, sonriente, avanzó hacia ella, dándole unos golpecitos amistosos en el hombro, para que se calmase; y, dirigiéndose luego a la modista, le dijo, adoptando una actitud severa:

—Pero, Rosa... ¿cómo ha vestido usted a una cantante de una forma tan impropia?

Rosa quedó perpleja. ¿Qué significaba aquella salida? ¿Por qué la reñía si, al fin y al cabo, ella había cumplido las órdenes recibidas de su puño y letra? No se quedó, pues, sin contestar.

—He hecho lo que usted me ordenó, madame.

Como una consumada actriz, madame Bauer, sin dejar traslucir que estaba representando una farsa, prosiguió, extraordinariamente sorprendida:

—¿Que yo ordené una cosa tan descabellada?

—Sí, madame. Yo no hago más que acatar sus órdenes, bien lo sabe usted.

—Por favor, Rosa, no siga. Esta vez interpretó torcidamente mis deseos. ¿Cómo podía usted ima-

ginar que esta señorita accedería a salir con esa ropita?

La modista tuvo que luchar con su amor propio para tolerar aquella injusticia. Le dolía que Toni pudiera pensar que lo del traje excesivamente incompleto era obra suya y no de madame Bauer. Optó por callar, pues no tenía ante sí más que dos caminos: obedecer o plantar a la dueña, y ésta, continuando en su papel de comedianta, le ordenó, con imperceptible ironía:

—Tráigale un vestido de cuáquera... Se trata de una tiple, no de una danzarina.

Rosa, yendo de asombro en asombro, miró a la directora, y ésta la desconcertó todavía más guiñándole un ojo. ¿Qué se había propuesto madame Bauer? ¿Por qué, ahora, le elegía un traje de cuáquera, tan inadecuado como el de bailarina para una tiple de ópera? Lo más indicado era un traje de *soirée* y no faltaba alguno en el guardarropa que le sentaría muy bien a la debutante.

Pero Rosa, lavándose las manos como el romano, fué a buscar

el traje pedido por la directora, el cual consistía en una cofia, un corpiño ligeramente ajustado al cuerpo y una falda larga y amplísima.

Con dicho vestido Toni tendría aire de mística y no se le vería nada, puesto que la falda le llegaría hasta la suela de los zapatos.

Madame Bauer dijo a Toni, dándole nuevos golpecitos en el hombro:

—Con ese atavío al modo puritano, hará usted verdadera sensación.

—¿Usted cree, madame?

—Estoy segura, señorita.

Vistióse el traje Toni, y para completar el efecto se colocó unas trenzas que le llegaban hasta la cintura.

Madame Bauer la examinó con sus ojillos inteligentes y dijo:

—¡Perfectamente! Este es el traje para una cantante de ópera.

Rosa se había propuesto no decir ni una palabra más, pero no pudo menos de replicar, temerariamente:

—Insisto, madame, en que usted misma escogió el otro.

—¡Basta, Rosa!—le espetó la directora.

La modista dejóse caer en una silla, malhumorada, y madame Bauer, despidiéndose de Toni, salió del cuarto de las artistas, dejando solas a las dos mujeres, pues las coristas habían salido un poco antes.

Toni acercóse a Rosa y cogiéndole las manos cariñosamente, le dijo:

—Siento que por mí se contraríe usted, Rosa. Debo tanto a su bondad...

—No se preocupe. Gracias a Dios, mis vacaciones comienzan mañana.

—¿Se marchará usted de aquí mañana, por algunos días?

—Sí, por quince días, y sólo Dios sabe con cuánta ilusión los espero.

—¿Y qué haré yo sin usted, Rosa?

La modista se emocionó al oír expresarse de aquel modo a Toni. Ya había notado que la nueva artista la trataba con mucho afecto, como una hija a su madre, pero no se había imaginado que fuera

verdadero cariño aquel sentimiento, sino una norma de conducta para hacerse simpática a la gente y lograr con su amistad los favores que necesitara.

Pero ahora no le quedaba la menor duda de que Toni la quería, y la humedad que notó en sus lindos ojos le hizo abrir sus brazos y contestar a la angelical criatura, que era allí, ahora lo veía claro, un lirio en un estanque de lina poco limpia:

—¡Hijita!

Permanecieron largo rato abrazadas, y al deshacer el amable lazo Toni continuó diciéndole:

—Usted es la única amiga sincera que aquí tengo, y si se marcha me voy a encontrar muy extraña...

El momento del debut había llegado ya. Toni fué requerida a escena, y Rosa, para animarla, le dijo:

—Tranquílese usted. Después de la función le daré algunos buenos consejos para que mi presencia a su lado no le parezca tan necesaria. Ya verá usted. Y, ahora,

a cantar bien, sin hacer caso del público, como si cantase usted para usted sola. Yo estaré entre bastidores y rogaré por su triunfo.

—Gracias, Rosa: sus palabras me dan fuerzas en estos instantes en que voy a realizar la mayor ilusión de mi vida.

—Tenga fe en usted misma, y vencerá.

En tanto que Toni se disponía, entre bastidores, a salir a escena cuando le correspondiese, madame

Bauer se acercaba al electricista y le decía:

—Toni Lebrun saca el traje de cuáquera... Ya sabe usted cómo tiene que jugar las luces.

El empleado asintió con un ligero movimiento de cabeza y una fina sonrisa en los labios, y separándose de él encaminóse madame Bauer hacia la sala, para reunirse con D'Avril, a fin de observar por sí misma la impresión que le causaba la debutante.

* * *

—¡Ahora, Toni Lebrun!—dijo la voz del *régisseur*.

Y, casi empujada por él, Toni salió a escena.

El público era numeroso, y, como todos los públicos, esperaba con expectación el debut de "la diva de seductora timidez".

Toni veía a mucha gente apiñada, pero no distinguía a nadie, deslumbrada por los focos de las candilejas. La emoción natural que experimenta todo aquel que pisa por vez primera las tablas, entorpecía sus movimientos y la imposibilitaba de cantar.

Rosa, entre bastidores, pudo cruzar sus miradas con las de la debutante, y, poco a poco, Toni fué animándose; pero, así y todo, su voz no salía como ella quería

de su nívea garganta. ¡Qué raro! Hacía poco que había bebido un refresco, y le parecía ahora morir de sed.

La primera canción pasó sin pena ni gloria, y la segunda no quiso ser menos que la primera.

El público especial de *music-hall* no estaba para cuentos tártaros ni puritanos. Si la diva no sabía ser más interesante que hasta allí, podía retirarse y nadie la echaría de menos.

D'Avril, enfocando sus prismáticos hacia la cantante, la contemplaba a sus anchas, pero... pero... el pichón iba demasiado tapado... resultaba exageradamente tímido...

Rosa aplaudía, pero el público cabeceaba de un modo alarmante.

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

A aquel paso la platea se convertiría pronto en un dormitorio.

Madame Bauer sonreía, y D'Avril, que la consultó algunas veces con la mirada, extrañábase de la actitud optimista de la directora del "Palais".

¡Pero si la diva era una cosa muy aburrida!

De pronto se apagaron las luces de la platea y del escenario, y el electricista jugó las luces del mismo modo que con el número de las doce alegres marineras de agua dulce...

Y los que empezaban a dormirse levantaron presto la cabeza.

Y D'Avril no dejó en paz ya ni un momento los prismáticos, extasiándose en la contemplación de bellezas antes muy ocultas y ahora muy visibles.

¡Vaya con la niña! ¡Qué sorpresa les reservaba! Merecía un aplauso aquella preparación.

La reacción operada en el público sorprendió a Toni.

¿Es que ahora cantaba mejor?

Seguramente, a juzgar por el interés con que la escuchaba el público.

Pero como vió que los espectadores de las primeras filas no le miraban el rostro sino los bajos, bajó la vista hacia estos, coincidiendo con el final de una canción, y ahogó un grito de vergüenza al comprobar que estaba enseñando toda la pierna por transparencia.

El público prorrumpió en aplausos de homenaje a la belleza más que al arte, pero Toni desapareció de escena apresuradamente, roja de indignación y buscando a madame Bauer para protestar.

Rosa, asimismo muy disgustada por la mala partida que le habían jugado a Toni, estaba determinada a decirle, cuando saliesen del *music-hall* un poco después, que no era prudente, si quería conservarse digna como hasta entonces, el continuar en aquel ambiente, que no era el suyo, pues la modista estaba completamente segura de que Toni era una buena muchacha sin otro defecto que el haberse dejado deslumbrar por el brillo de la gloria.

Madame Bauer desarmó a Toni cubriéndola de elogios.

—¡Ha estado usted admirable!

¡La gran sensación que yo esperaba! Vamos a ser muy amigas, querida.

—Pero ¿y...?

—Su voz ha gustado mucho, y luego aquel efecto de luz ha sido maravilloso. Parecía usted una visión celestial.

—Todo lo que usted quiera, madame, pero ese efecto de luz...

—Vamos, no sea usted niña. Hoy se ha consagrado usted como una gran artista. Y hay que contentar al público, Toni, para que venga a aplandirla todas las noches.

Rosa movía tristemente la cabeza. ¡El gavilán estaba al acecho de la paloma!

D'Avril, cuya opinión acerca de Toni había cambiado tan pronto le conoció "nuevas cualidades", considerándola una gran cantante, expresó a madame Bauer sus deseos de ser presentado al apetitoso pichón, y la francesa lo hizo una vez habido logrado apaciguar a Toni.

—Vamos, queridita, sonría usted a la felicidad que empieza a ofrecérsele incondicionalmente...

Un caballero que ha oído cantar a usted desea saludarla... Es hombre influyente y puede hacer mucho por su carrera.

Rosa escuchaba preocupada las palabras de madame Bauer, a corta distancia de las dos mujeres, y al ver a D'Avril, sus temores aumentaron, sobre todo cuando madame Bauer empujó a Toni hacia un salón particular que desde aquel momento ponía a su disposición.

D'Avril saludó rendidamente a la nueva artista que él estaba dispuesto a "empujar", y le habló de los éxitos que iría alcanzando, adueñándose de todos los públicos.

¿Sería, pues, cierto, que el sueño que ella tuvo cuando viajaba de Viena a Budapest, se iba convirtiendo en realidad?

La elegancia y distinción de D'Avril hicieron creer a la incauta que se trataba de un gran personaje que la ayudaría, por galantería y nada más, en su camino glorioso, y aceptaba complacida su amena charla.

Madame Bauer sabía hacerse cargo de las cosas, y pretextando un trabajo urgente se separó de

ellos, dejándolos solos en el salón.

—Vuelvo en seguida—les dijo.

La intención de la directora era clara para D'Avril, pero no para Toni. Sencillamente, los dejaba solos para que aquél pudiese conquistar a la novata sin testigos siempre molestos por buenos cómplices que sean de uno.

Y D'Avril, muy fino, muy correcto, empezó el asedio, esgrimiendo el arma ante la cual se rinden más fácilmente las mujeres: la adulación.

—Tiene usted una voz preciosa, señorita, y le pronostico grandes triunfos; y añadida a su voz su hermosura, señorita Lebrun, todo lo puede usted esperar. No habrá, se lo aseguro, ningún empresario que se oponga a contratarla ventajosamente. Ya verá usted. Yo la recomendaré a mis buenos amigos y pronto será usted célebre.

Abrióse la puerta del saloncito y apareció un camarero portador de una botella de champaña y dos copas.

Madame Bauer era quien lo enviaba, conociendo los procedimientos de su buen cliente.

El *garçon* dejó el servicio encima de una mesita y desapareció en seguida, dibujándose en sus labios una sonrisa de inteligencia...

Rosa, recelosa, se había apostado detrás de la puerta del saloncito, procurando no ser vista en su actitud de espía, y se esforzaba en oír la conversación que Toni y el Don Juan sostenían en el interior, resuelta a intervenir en favor de aquella en cualquier momento peligroso para su decoro.

Toni acariciaba unas flores que le había regalado, al serle presentado, D'Avril, y que, casualmente, servían para distanciar al galanteador de la codiciada presa.

—Y ahora, señorita—siguió diciendo D'Avril—, voy a permitirme invitarla a beber un poco de champaña, el vino noble, el de los triunfadores.

Toni, de más en más desconcertada ante tantas alabanzas, creyó que no debía rehusar la amable invitación de aquel gran señor, y éste descorchó el espumoso y colmó las dos copas, ofreciendo una de ellas a Toni; y levantando la suya, dijo, mirando en el fondo de



... abrió el embudo de la cama...



Examinados su diploma y sus
fotografías...



...le rindieros honores...



Estaba bellísima.



... y, prendado de su hermosura, le besó rendidamente la mano.



— ¿No hay ningún plato nuevo?



— ¡Yo no salgo con este traje!



Lisset es la única amiga sincera que aquí tengo.



La reacción operada en el público sorprendió a Tont.



—Tiene usted una voz preciosa, señorita, y la prometo grandes triunfos.



—¿Eso es el raspió que le merecen mis canas?



—Abrióse bruscamente la puerta y Toni...



— Quisiera saber qué haréis vosotros en Montecarlo.



— Cincuenta semanas del año,
soy Rosa a secas...



...e inconsciamente apăsă
ascendia la lampă; colocada în-
ta în veranda...



—¡Qué atrocidad!

sus bellos ojos a la encantadora paloma:

—¡Por nuestra amistad!

—¡Por nuestra amistad, señor!

—¡Yo lograré que sea cordial y eterna!

—Muchas gracias.

Apuraron ambos su copa, y D'Avril, llenándolas de nuevo, volvió a brindar:

—¡Por su gloria de diva!

—¡Dios le oiga a usted, señor!

—¡Yo la impulsaré por todos mis medios!

Toni ya no podía beber más, pero D'Avril la obligó a ello, no cansándose de brindar por varias cosas más, y la ingenua hacía esfuerzos sobrehumanos para no hacer un mal papel delante de aquel caballero.

Pero llegó un momento en que ya no pudo sorber ni una gota más, y el calorillo del vino noble coloreó sus mejillas, ya de sí sonrosadas, aumentando la atracción de su belleza.

El efecto que la bebida produjo en D'Avril era distinto al de Toni. Fué el acicate que le hizo re-

basar los límites de la prudencia, desenmascarando sus verdaderos sentimientos.

—¡El champagne la ha vuelto a usted más hermosa, más irresistible, señorita Lebrun! Una artista como usted merece, sin duda alguna, un protector como yo; y no dudo...

—Pero, señor... Le suplico...

—Sus manos son finísimas... Son manos hechas para ser besadas con pasión...

—¡Caballero!

Toni intentó marcharse, pues había visto en los ojos de D'Avril la llama de un mal deseo...

El Don Juan adivinó sus intenciones y adelantándose a ella apagó las luces.

—¿Qué hace usted?—protestó Toni, alarmada.

D'Avril extendió sus brazos hacia la incauta y la estrechó contra sí.

—No tema... Yo estoy dispuesto...

—¡Suélteme, suélteme! ¡Usted se equivoca, señor!

—Yo le aseguro...

Toni se desasía de D'Avril y

tratando de ponerse fuera de su alcance derribó unas sillas, con el consiguiente estrépito.

D'Avril la perseguía, con afán de triunfar, pero en aquel momento la puerta del salón se abrió y se unió un tercer personaje a aquella escena.

El escándalo arreció, y cuando Toni pudo encender la luz, D'Avril encontróse abrazado a Rosa, a quien había tomado por el pichón.

Unas coristas que acudieron al rumor de la disputa, y que se apostaron junto a la puerta para ver lo que ocurría, se echaron a reír, burlándose del Don Juan.

Rosa, indignada, reprochó a D'Avril, que había sabido de la defensa que la modista tenía en sus uñas:

—¡Besarme a mí! ¿Es ese el respeto que le merecen mis canas?

D'Avril, furioso, aunque aparentaba estar tranquilo, replicó:

—¡No me lo recuerde! ¡Se lo ruego!

Las coristas redoblaron sus risas, y en tal ridícula situación D'Avril optó por adoptar una ac-

titud indiferente. ¡Bah! Cosas del juego son...

La llegada de madame Bauer, a quien alguien se encargó de noticiar el inesperado final de la nueva aventura del buen cliente, hizo huir a la desbandada a las coristas que mortificaban desde la puerta del salón, con sus más mordaces cuchufletas, al cazador burlado.

—¿Qué ha sucedido aquí durante mi ausencia?—preguntó a D'Avril, desvivándose por no perder su amistad.

Y el Don Juan, amoscado, contestó:

—El pichón que usted me prometió, se ha convertido en gallina vieja... y con uñas. No se puede uno fiar de las apariencias, madame Bauer.

La directora miró furiosa a Rosa y a Toni. Comprendía lo ocurrido. La modista se había mezclado en asuntos que no eran de su incumbencia, en serio perjuicio de los intereses de la casa. ¡Era intolerable aquella intromisión!

—¿Qué hace usted aquí, Rosa? ¿Para esto la pago yo?—le espetó odiosamente.

Rosa, muy digna, replicó:

—Madame me paga para que ayude a vestir y a desnudar a las artistas, y como el señor D'Avril quería inmiscuirse en mis atribuciones, por lo que se refiere a la señorita Lebrun, salí por los fueros de mi obligación.

La respuesta de la modista dejó sin argumentos a la directora.

—¡Muy bien dicho!—apoyó Toni, desafiando con la mirada al falso caballero.

La situación de éste se hacía cada vez más ridícula, pero madame Bauer supo cumplir de acuerdo con sus intereses.

—¡No necesito las explicaciones de ustedes para nada! ¡Quedan despedidas!

—Sin despido o con él, ya sabíamos cuál era nuestro camino—dijo Rosa—. Vámonos, Toni. Esto no es para personas honestas.

—¿Qué dice usted, insolente?—inquirió madame Bauer, temblándole la voz por efecto de su cólera.

—No servimos para ciertas cosas, madame. Eso, usted... y que le aproveche.

Y Rosa desapareció de allí con Toni.

Al quedar a solas con la directora, D'Avril, para justificarse de la mejor manera posible ante ella, le explicó peldaño por peldaño lo ocurrido, lamentando haberse precipitado un poco. Pero, en fin, no había que preocuparse. Madame Bauer no tenía la culpa; al contrario, le estaba muy agradecido por haberle preparado hábilmente el terreno.

Abrióse bruscamente la puerta y Toni, sin que la hubiesen visto entrar, arrojó a la cabeza de D'Avril las flores que él le regalara en el momento de la presentación, y exclamó, riéndose:

—¡Para que se acuerde usted de mí, señor protector de necias!

Y D'Avril, doliéndose de las contusiones recibidas, dijo a madame Bauer:

—¿Ha visto usted? El pichón es de pronóstico, ¿eh?

* * *

Las vacaciones de Rosa iban a durar más tiempo que los años anteriores, si después de los quince días que se tomaba de descanso no encontraba un nuevo empleo con que subvenir a sus necesidades.

Afortunadamente, no tenía familia y no se asustaba demasiado, ya que confiaba colocarse en un sitio u otro como modista, institutriz, dama de compañía o de cualquier cosa.

Pero ¿y Toni?

¿Se habría desengañado ya y volvería al lado de sus tíos?

Éstos, sin duda, la recibirían de nuevo en su hogar con alegría, perdonándole su travesura y agradeciéndole el haber vuelto, pues to-

davía no habían llegado a creer que su sobrina pudiese acostumbrarse a vivir sin su compañía.

¡Nobles tíos! ¡Qué disgusto recibieron aquella mañana que siguió a la escapatoria de Toni, al leer la carta que ésta les dejara despidiéndose de ellos para correr en pos de la gloria!

Toni les decía en el escrito:

Mis queridos tía y tío:

Cuando leáis esto, estaré muy lejos de vosotros.

Yo nací para algo más que para estar haciendo panecillos, o vendiéndolos, toda mi vida.

Aspiro a ser una gran cantante de ópera.

Cuando haya triunfado, volveré por vuestro perdón.

Os abraza,

Toni

¡La ingrata!

Al principio, los bondadosos pacientes decidieron no volver a ocuparse en su vida de ella, para corresponder así al desengaño que habían recibido de su parte.

Pero, luego, al verse tan solos, sin la alegría cascabelera de la adorada sobrina, no hablaron de otra cosa que de encargarse a una agencia la busca de Toni, para suplicarle que volviese a su lado.

Sin embargo, no se decidieron a poner en práctica ese procedimiento, temerosos de que alguien pudiese pensar que Toni era una rebelde que merecía un severo castigo.

Seguían esperando, pues, noticias de ella, y cada día que pasaba su melancolía iba en aumento.

Les costaría olvidarla.

Pero, lejos de guardarle rencor, le deseaban fervientemente la mejor suerte.

Contrastando con la fidelidad que a su recuerdo guardaban sus tíos, Toni no pensaba en ellos en aquellos críticos momentos. No quería darse por vencida.

Lo que sí la afligía era el despido de Rosa del *music-hall*.

—Por mi culpa ha perdido usted su empleo, Rosa—le dijo, suplicándole la perdonase.

Mas Rosa le contestó:

—Lo mío no me inquieta, hijita, sino lo de usted. ¿Qué va usted a hacer?

—No he pensado aún en ello, pero algo haré... algo he de hacer... Me parece que no debo desanimarme.

—No tiene usted aquí amigos y temo que pueda ocurrirle algo. Si yo me quedase... si no me marchase mañana...

—Por mí no se moleste usted, Rosa...

—¡Sabe usted tan poco de la vida, Toni! No se enoje usted, pero ¡es usted tan joven todavía!

—Sabré defenderme, en caso necesario, Rosa...

—No confíe demasiado en sus propias fuerzas, hijita. Un torde-

rillo también se cree con suficientes arrestos para luchar, pero ante el lobo, el más fuerte, sucumbe sin remedio. Y en la vida es lo mismo.

—Ya veremos, Rosa... Déjeme conservar la ilusión de que he de vencer... Tengo el presentimiento de que lo lograré.

—Mire usted, Toni, ya hablaremos usted y yo detenidamente; pero, ahora, no puede ser... No puedo aplazar mi viaje... No puedo variar mis costumbres... Sin embargo, le ofrezco una solución de momento.

—¿Cuál, Rosa?

—Acompañeme durante mis vacaciones.

—¡Imposible! Estoy sin recursos...

—Por dinero no se preocupe. Yo tengo bastante para las dos.

—No sé si debo aceptar, Rosa...

—No vacile en acceder. Cuando se lo propongo es que me complacerá que acepte.

—Impongo una condición...

—Sin condiciones.

—Sí, una: la de pagar a usted, más adelante, los gastos que usted haga por mí.

—Si no es más que eso y más tarde le sobra a usted el dinero...

Hablaban en la calle, junto a la puerta del escenario, pues no habían querido permanecer ni un minuto más en el *music-hall* donde las trataran tan duramente. Su conversación molestaba al portero, entregado a la lectura de un periódico.

De vez en cuando el conserje levantaba los ojos del diario y dirigía furibundas miradas a las dos mujeres, pero éstas, que no se preocupaban lo más mínimo de él, seguían charlando en sus propias narices.

—¡Demonio de hembras!—rugió al fin el portero, agotada la paciencia y cerrando sin contemplaciones la puerta sobre ellas.

Rosa y Toni se apartaron un poco de allí, y, viéndolas desaparecer, el conserje volvió a abrir la puerta; pero simultáneamente volvieron a colocarse en el mismo sitio de antes, y el gruñón, por no soltar su lengua contra ellas, abandonó su puesto, yendo a leer en un rincón desde donde no las viese.

Y mientras él se cambiaba de lugar, Rosa y Toni, que habían convenido en partir juntas, le demostraron que se había molestado

inútilmente, subiendo a un autobús que acababa de detenerse ante ellas y que durante largo rato estuvieron esperando.



III

Al día siguiente, conforme lo había dispuesto Rosa, partieron Toni y ella de Budapest.

Toni extrañóse sobremanera de la elegancia con que para el viaje se vistió la ex modista del "Palais de Paris". Los vestidos que se puso eran finos y de elevado precio. Y en cuanto al equipaje, podía parangonarse con el de una auténtica dama de posición.

¿Qué significaba aquel cambio, que ella no hubiera sospechado nunca en la humilde modista?

Con los elegantes atavíos Rosa parecía más joven y su belleza resaltaba más, dándole aspecto de aristocrático abolengo sus albos cabellos.

Toni no pudo contener su curiosidad y le preguntó:

—¿Todos esos trajes son suyos, Rosa?

—Naturalmente, puesto que los pongo en mis maletas.

—Ya veo que le gusta ir bien vestida. Pero... eso vale mucho dinero...

—Como estoy sola en el mundo, empleo mis economías en la coquetería de la presentación, cosa propia de toda mujer que quiera ser agradable a sus semejantes hasta el último soplo de su vida. Todas las mujeres debieran cuidarse como yo lo hago, tanto por los demás como por ellas mismas. ¿No es usted de mi opinión?

—Sí, Rosa, y si no lo fuera, sólo con ver a usted, tan señora y tan simpática dentro de su modesta situación, quedaría convencida.

—Como modista que soy, Toni, yo me hago muchas cosas... Es una ventaja... Y, para que se conozca que entiendo un poco en el arte del vestir, quiero que usted, al acompañarme, vista como una verdadera señorita.

—No sé cómo voy a hacerlo, porque no tengo más que este vestido que llevo puesto y este sombrero de margaritas.

—Éntreguese en mis manos, y punto en boca. Voy a transformarla.

Toni inició una protesta, pero dejándose llevar de la ilusión, natural en toda mujer joven y bella, de vestir bien, dejó hacer a Rosa, quien se portó con ella como una madre cuyo más ferviente deseo es que todos admiren a su hija.

Rosa le compró algunas *toilettes* completas, y así, bien "equipadas" las dos, emprendieron el viaje de vacaciones.

Viajaron en primera clase, y

ésta fue una nueva sorpresa para Toni, a quien le parecía mentira que una modista pudiera pagarse tanto lujo.

—¿Adónde vamos?—le preguntó.

—A Francia.

—¡Bello país!

—¿Ha estado usted alguna vez allí?

—Nunca, pero he leído muchas novelas que hablan de Francia, de París, sobre todo, ¿Pasaremos también nosotras por París?

—No.

—¿Y por Marsella?

—Tampoco.

—Entonces conoceremos Lyon, ¿verdad?

—Tampoco, hijita. Vamos a un lugar más encantador.

—Hable usted de una vez, Rosa...

—¿No ha oído usted nombrar la Costa Azul?

—¡Ya lo creo!

—Pues pronto, si usted tiene aficiones literarias, podrá escribir una novela sobre esa costa divina.

—¡Oh! ¡Me parece estar soñando, Rosa!

—A todas nos gusta soñar un poco. La vida sin sueños sería un martirio.

—Es verdad, Rosa. Usted y yo coincidimos en muchos puntos. Parecemos amigas de siempre.

—Por esa razón hemos simpatizado tanto, Toni.

Fueron pasando las horas... El tren avanzaba rauda hacia otras tierras... En el coche-restaurant se congregaron muchos turistas de diversas nacionalidades, y Rosa y Toni fueron objeto de toda clase de atenciones por parte de unos distinguidos americanos, quienes encontraban un verdadero placer en conversar con Rosa, cuyas maneras señoriles llevaban de desconcierto en desconcierto a Toni.

Y este y otros detalles empezaron a inquietar a Toni... ¿Quién era, realmente, Rosa?

Meditó sobre ello, pero no supo descifrar el enigma. Para ella, Rosa no era otra cosa que la ex modista del "Palais de Paris". Le debía tanto, había sido tan cariñosa con ella, que no tenía derecho a sospechar que pudiera tener otra personalidad...

Sin embargo, no llegaba a comprender que teniendo dinero para gastar en lujos superfluos, Rosa fuese modista en un *music-hall*, ganando un modesto sueldo... ¿Quién era, pues, Rosa?

Por fin llegaron a la meta de su viaje: Monte Carlo.

Toni, al ver el letrero de la estación, abrió enormemente los ojos y dijo a Rosa, que la miraba impasible:

—¿Nos vamos a quedar aquí?

—Sí. ¿No le gusta?

—Pero... Quisiera saber qué haremos nosotras en Monte Carlo.

—Y yo quisiera que no me hiciese usted más preguntas.

—¡Esto es demasiado! Yo no sé...

—No sea usted provinciana, Toni. Vamos, apéscese, que no vamos a volver a Budapest.

Y Toni calló y saltó del vagón a tierra, preguntándose qué iba a ocurrirle en aquel país de millonarios... y jugadores.

Rosa lo hizo a continuación, acudió un mozo para hacerse cargo de los equipajes, y al poco las dos mujeres subían la amplia esca-

linata del hujoso Hotel Edén.

Toni, mirando perpleja de un lado a otro, pareciéndole mentira que ella tuviera que vivir en aquel paraíso, detuvo bruscamente a Rosa y le preguntó:

—Pero, Rosa, ¿con qué pagará usted el hospedaje en este hotel, que debe costar una fortuna?

—¡Por Dios, Toni! No me pregunte más!

A medida que iban subiendo, el asombro de Toni iba en aumento ante los saludos que algunos caballeros les dirigían, sonriendo a Rosa.

¡Ay, ay, ay! Pero ¿quién era Rosa?

Llegaron al *hall*. Rosa acercóse a la administración y después de hablar con el empleado se inscribió en el registro como sigue:

*Baronesa Rosa de Garcer
y su hija Antonieta*

Toni lo vió y esta vez sí que no dudó ya más de que Rosa no era lo que aparentaba. Iba a decirle allí mismo lo que pensaba de ella, pero se contuvo para no dar un escándalo. Cuando estuviesen en

las habitaciones que la ex modista había alquilado para las dos, le hablaría clarito y obraría de acuerdo con su dignidad.

Rosa comprendió lo que pasaba por el espíritu de Toni y no pronunció la menor palabra desde el *hall* hasta sus habitaciones, prefiriendo que fuese ella quien hablase. ¿Qué le diría?

No tardó en saberlo.

Los equipajes estaban ya en las habitaciones. Rosa se quitó el sombrero y su elegante abrigo de viaje, y se dispuso a abrir un mundo, para cambiarse de ropa después del baño.

Toni no quiso quitarse nada, pues no iba a quedarse un momento más en compañía de Rosa, y dijo a ésta, agresiva, comprendiendo al fin lo que era la ex modista:

—¡Ahora ya sé lo que es usted!

—Me gustará saberlo, Toni...

—¡Una estafadora, una ladrona de hoteles!

—¡Jesús! ¿Y nada más?

—¿Le parece a usted poco?

—Podía usted haber dicho algo más. Puesta a decir...

—Pero ¿aun se burla usted de mí?

—Hija mía, me pesa que usted me haya confundido de ese modo. No sabía que eso fuese tan posible como usted me lo ha demostrado.

—¿Qué quiere usted decir, Rosa?

—Acaso hice mal en no ponerla en antecedentes... Sí... Comprendo que se haya ofuscado usted con el cambio que ha visto en mí.. Pero ahora va a saber la verdad, toda la verdad, y, naturalmente, nos disculparemos a un tiempo. ¡Qué gracia! ¡Yo, una estafadora!

—¡Maldita la gracia que me hace a mí eso!

—Paciencia, hijita... Déjeme buscar las pruebas de mi inocencia.

Y Rosa, extrayendo de su monedero una tarjeta postal, se la alargó a Toni, quien leyó:

Oficina de Pensiones para viudas de Oficiales

Departamento de Guerra. — Budapest

Baronesa Rosa de Garcer, Viuda del capitán barón de Garcer

Remitimos a usted en sobre se-

parado, su pensión completa para el año actual.

Respetuosamente,

Kalman

Coronel

Toni creyó ser víctima de una pesadilla.

—¡Luego usted es baronesa de verdad, Rosa!

—Si no desea usted lo contrario, para su tranquilidad, sí, hijita.

—¡Oh, perdón! Pero ¿cómo siendo baronesa trabajaba usted en el "Palais de Paris"?

—No es largo de explicar.

—Si es un secreto, yo no quiero...

—Nada de secretos. Entre usted y yo no ha de haberlos. No olvide usted que aquí somos madre e hija.

—¡Y baroneas, nada menos!

—Eso es, damas nobles, aunque arruinadas. ¡Es muy novelesco!

—Un título vale mucho, Rosa.

—No se come con él, hijita. Ya ve usted, yo he de trabajar para poder vivir. Cincuenta semanas del año soy Rosa a secas; la costurera

del *cabaret*, la criada de artistas, economizando, ocultándose de mis amigos...

—Es cierto...

—...pero las dos semanas restantes vivo, como baronesa de Garcer, mi vida de antes de la guerra... ¡Un alarde que devora mi pensión del año!

—Comprendo... comprendo... Acostumbrada, en vida de su pobre esposo, a llevar una existencia propia de su rango...

—Es la única ilusión que me queda...

—¡Qué tonta he sido! Pero... una cosa... ¿por qué me ha inscrito usted en el hotel como su hija?

Rosa acarició el pelo de Toni y contestó, emocionada, recordando su vida de soledad:

—Acaso, querida Toni, porque me gustaría ser tu madre.

—¡Oh, Rosa, qué buena es usted!

—¿De modo que ya estás tranquila?

—Figúrese...

—Pues no hablemos más de

ello, y arreglémonos un poco para ir a cenar. ¿No tienes apetito?

—Excelente, como siempre, y más aquí, donde las comidas deben ser riquísimas.

—Ya lo verás dentro de unos momentos. Pero no vayas a chuparte los dedos...

—¡De ningún modo! ¡Qué ridículo para toda una señorita baronesa!

Rosa y Toni se echaron a reír como dos chiquillas, contentas de tenerse la una a la otra, y mientras la primera iba a las habitaciones particulares, Toni quedóse en el saloncito y se puso a tocar el piano.

La pieza que se le ocurrió tocar era exquisita, una romanza muy adecuada a su voz.

De pronto se abrió una ventana del piso superior de enfrente y se asomó a ella un apuesto joven, aplaudiendo a la pianista, a fin de que ésta se volviera hacia él y le fuese dable verle el rostro.

Toni, sorprendida por aquellos inesperados aplausos, dirigió sus miradas hacia el desconocido y el

galán quedó deslumbrado ante su hermosura. ¡Linda vecina!

Aprovechando los momentos de atención que ella le prestó, el joven le hizo varias señas. Parecía indicarle si quería concederle unos minutos de conversación en el salón del hotel.

Toni, no comprendiendo aquellas señas, se apartó de la ventana.

Entonces el joven encendió y apagó la luz de su cuarto y ante este juego Toni, por divertirse, le miró de nuevo, sin que él la viese, e inconscientemente apagó y encendió la lámpara colocada junto a la ventana del saloncito.

La broma duró un buen rato, pero el joven no conseguía ver a Toni, pues ésta se había agachado para no ser descubierta.

Rosa vió desde su cuarto las luces fugaces de las dos ventanas, y apresuróse a llamar a Toni para que cesara en aquella peligrosa comedia; y mostrándole, desde la de la habitación, las innumerables ventanas que se encendían y apagaban como obedeciendo a un mecanismo de precisión, le dijo:

—Este es el juego del amor...

Las aventuras amorosas están de moda, hijita...

Toni llevóse una mano a los labios, para ahogar una exclamación, y murmuró:

—¡Qué atrocidad!

En aquel momento llamaron al teléfono de las habitaciones de las dos amigas.

Rosa se puso en el aparato.

—¿Quién llama?—preguntó.

Una voz juvenil contestó:

—Soy Ricardo Dupont, Me hospedo frente a usted, por el lado del patio.

—¡Ah, ya!

—¿Quién es?—preguntó Toni a Rosa.

Ésta apartó el aparato y dijo en voz baja a su prohibida:

—Es ese chico tan fresco con quien tú flirtabas... eléctricamente.

—¡Oh! ¡Qué atrevimiento!

—Es cosa corriente, hijita.

—Señorita... señorita...—decía el joven, extrañado de la brusca interrupción.

Rosa volvió a ocuparse de él.

—¿Hubo avería, señor?

—Sin duda, señorita... ¿Cómo está usted?

—Sentada, señor, digo, muy bien, ¿y usted?

—Hablando con la criatura más hermosa que he visto en los veinticinco años de mi vida.

—¡Qué viejo!

—Si usted lo prefiere, tendré menos. Puedo aparentar perfectamente veinte años. Y, oiga usted, señorita... Tengo mis ribetes de compositor y he admirado la asombrosa ejecución de usted... ¿Podría ir a estudiarla... más de cerca?

—Con mucho gusto, por mi parte.

—¡Muchas gracias! ¡En seguida!

Rosa colgó el aparato y rióse de buena gana. Toni le dijo, perpleja:

—Pero ¿le ha autorizado usted a venir aquí?

—Déjamele por mi cuenta. Ya verá cómo le recibo. Voy a demostrarle mi práctica *asombrosa*.

Y fué a sentarse al piano, para tocar, cuando el joven llegase, de un modo horrible, para hurlarse

de él y darle una merecida lección por su audacia.

—Tú quédate en la otra habitación—dijo a Toni.

Un poco después llamaron con los nudillos a la puerta de la habitación en que se hallaba Toni, y entró el joven Ricardo Dupont.

—¡Oh! ¿Usted?—exclamó Toni mirando hacia el saloncito donde se hallaba Rosa, sin que pudieran verse ni una ni otra, porque la puerta estaba cerrada.

—El mismo, señorita... Es para mí un verdadero placer saludarla personalmente...

—No, no... Fué con mamá con quien habló usted.

—¿Con su mamá? ¿De veras... de veras?

—Yo no le he dirigido a usted la menor palabra.

—¿De modo que... con mamá, eh? Yo creí que...

—¿Cómo iba usted a suponer?

—Me gusta tanto la música... y las artistas de corazón... Vaya, no me diga usted que hablé con su mamá, porque esa voz...

—Se equivoca usted... Si quiere saber lo que piensa de usted mi

mamá, vaya a ese saloncito y la hallará usted sentada al piano... esperándole.

—Mil gracias... Yo no quiero nada con su mamá... Era con usted, ¿sabe?

—Pues lo siento...

—En este caso, me retiro... No me perdonaría nunca si causara a usted la menor molestia... Ricardo Dupont, a sus órdenes, beso a usted los pies... y quedo esclavo de sus encantadores ojos.

Abrió la puerta y desapareció, pero volvió a entrar inmediatamente, para repetir el saludo, y otra vez salió, para volver otra vez, diciéndole a Toni, alegre como un chiquillo:

—¡Usted ha sonreído!

—¿Yo?

—La he visto por el ojo de la cerradura.

—¡Atrevimiento se necesita!
¿Cómo ha hecho usted eso?

—¿Cómo? Agachándome, porque la cerradura está muy baja.

—¡Qué osadía!

—Ha resultado bonito el chiste, ¿verdad?

Toni temía no poder aguantar-

se más tiempo la risa que se asomaba a sus labios ante la simpatía del osado galán.

En aquel momento abrióse la puerta de la habitación y Toni no tuvo tiempo de hacer ningún movimiento, para ayudar instintivamente a Ricardo a esconderse, pero éste, que estaba detrás de la puerta, quedó oculto gracias a aquella valla providencial que Rosa al entrar colocó entre los dos.

Toni, esforzándose para que sus ojos no se clavasen en Ricardo, fijábalos en Rosa, quien le dijo, con desdén hacia el jovencito:

—Tu admirador no es muy animoso, cuando no ha venido. Y lo siento, porque le hubiera recibido con bombo y platillos. Nos vestiremos para comer.

Ricardo sonrió viendo el azoramiento de Toni.

Rosa fué a sentarse al borde de la cama y, cabalgando una pierna sobre la otra, empezó a desnudarse.

Toni, que se reunió con ella, no cesando de mirar hacia el escondite de Ricardo, que no podía huir



— Soy Ricardo Dupont...



— Es ese chico tan fresco con quien tú flirtabas...



Tu admirador no es muy animoso, cuando no ha venido.



Y empezó a desnudarse...



... le mordió un dedo, y así pudo cerrarla definitivamente.



Pasearon como buenos amigos, admirando la belleza de aquel paraíso terrenal.



—... la auténtica Eva no era tan bella como usted.



Lo que mis labios no pueden decir.



— ¡Qué bella soy, Rosa!



— ¡Hum! ¿Ni que le disparasen una batería al óleo!



Pero atención este Ricardo quien no puede hablar.



— ¡Amor mío!... ¡Mi cielo!...



Abrió la puerta de la habitación inmediata...



— ¿Usted puede entrar, Sr. Enrique? —



— ¡Debió avergonzarse de su fracaso y dejar de perseguirla!



— ¡Paso, señores, paso!

sin peligro de ser visto, dijo a Rosa, alarmada:

—Supongo que no se cambiará usted ahora... No es preciso.

—No puedo soportar más estos zapatos. Quería bañarme, pero no he podido, y no comería a gusto si no me cambiase al menos de ropa.

—Le aseguro que está usted muy bien así.

—No, no... Ayúdame un poco, ¿quieres?

Ricardo al presentarse ante To-

ni le entregó un ramo de flores, y ella lo había depositado encima de una silla.

Cuando Rosa empezó a desnudarse, Toni precipitose a esconder las flores y aprovechando un momento de descuido de su madre adoptiva las tiró a Ricardo, para que no la comprometiesen.

Y ahora, ayudando a Rosa a ponerse otro vestido, le cubrió los ojos con él y ordenó a Ricardo que aprovecharse la ocasión para escapar.



IV

Muy mal rato había pasado Toni viendo a su supuesta madre desnudarse ante el joven. Claro que Rosa tenía ya algunos años, pero, francamente, ofrecía unas vistas que no eran precisamente desagradables...

Ricardo no pedía otra cosa que salir de allí e inició la marcha, pero al intentar escabullirse vió en el pasillo de aquel piso del hotel a un militar que se dirigía hacia las habitaciones de las dos mujeres, y se metió otra vez dentro del salón, mientras Rosa acababa de vestirse en el dormitorio.

Toni temía que Rosa descubrie-

se a Ricardo y se armase allí un escándalo de marca mayor, y a fin de que aquélla no la obligase a desnudarse y ponerse otra ropa para ir a comer, pretextó no encontrarse bien.

—Entonces, que nos sirvan la comida aquí—dijo Rosa, disponiéndose a avisar a la camarera.

Pero llamaron a la puerta del cuarto íntimo, y en tanto Rosa, completamente vestida ya, iba a abrir, Toni aprovechó la oportunidad para ir al saloncito.

Ricardo estaba en él esperando el momento de tomar las de Villadiego.

—Váyase ahora—le dijo Toni.

—¿No hay peligro?

—No. Mamá está hablando con un caballero en la otra habitación.

—¿Es un militar?

—No sé... No le he visto... Sólo he oído su voz... ¡Váyase de una vez!

—Me voy, pero sin las flores que traje para usted.

—¡Yo no quiero para nada sus flores!

—No sea usted así, monina. Ya sé que mis flores no son muy bellas comparadas con usted, pero no merecen tampoco que las rechace... Acéptelas y me voy.

—¡No!

—Al menos una...

—¡Ni una!

—Entonces... ¿quiere usted aceptar comer conmigo?

—¡No, no como con usted!

—Le prometo a usted que mis intenciones...

—¡Váyase!

—Sea usted un poco amable conmigo, que no cuesta eso mucho...

—¡Lo único que deseo es no verle más!

—¿Tan feo soy?

Rosa había creído que quien llamaba era el admirador de Toni y se preparaba a recibirlo "con todos los honores"; mas no era él, como no podía serlo, sino el coronel Dupont, un militar de cierta edad, pero que conservaba toda la arrogancia de su juventud.

—¿Qué tal, señora baronesa?—dijo a Rosa cuando ésta le abrió la puerta y besándole ceremoniosamente la mano.

—¿Qué le trae por aquí, coronel Dupont?

—¡Algo maravilloso, señora baronesa! ¿Qué calladito lo tenía usted!

—No comprendo, coronel...

—Cuando nos conocimos el año pasado, no me dijo usted que tuviese una hija tan bella.

—¡Ah! Es verdad... No la traje conmigo el año pasado... Estaba en una pensión y aceptó la invitación que le hicieron unas amigas, unas lindísimas condesitas.

—Belleza con belleza. Me la presentará usted, ¿verdad?

—¿Cómo no? Con mucho gusto, coronel.

Rosa se dirigió hacia el saloncito, en busca de Toni, y ésta al oír sus pasos empujó a Ricardo hacia la puerta, para que se ocultase nuevamente detrás.

¡Qué susto pasó otra vez!

Rosa, desde el umbral de la puerta del saloncito, llamó a Toni, que fingió estar leyendo una pieza de música, y le dijo:

—Voy a presentarte a un antiguo amigo, Antonieta.

—En seguida, mamá.

Apartóse Rosa de allí, yendo a reunirse con el coronel, y Toni, al disponerse a seguirla, cerró la puerta del saloncito para que Ricardo pudiese huir libremente, pero éste se empeñó en ofrecerle una flor y su mano se introdujo hacia el dormitorio en el momento en que Toni iba a cerrar la puerta completamente.

Aquel juego tan peligroso no le desagradaba a Toni, cuya alma era tan infantil como la de Ricardo: pero como no era cuestión de hacerse sorprender por Rosa, dió al atrevido unos golpecitos en la mano, para que la apartase de la puerta, y viendo que era inútil

convencerle por las buenas, le mordió un dedo, y así pudo cerrarla definitivamente.

El coronel se hallaba junto a la puerta del pasillo esperando ser presentado a Toni.

Ésta se acercó sonriente a Rosa y fué presentada por ella al militar como hija.

El coronel, encantado de contar con la amistad de una dama que tenía tal hija, se deshizo en cumplidos y las invitó a cenar con él.

Rosa contestó, recordando lo que antes le dijera Toni:

—Antonieta está muy cansada.

Pero en aquel momento Toni vió pasearse a Ricardo por el pasillo y, para demostrarle que prefería la invitación de cualquier otro caballero a la suya, dijo, por su parte:

—Encantadas aceptamos su invitación, coronel.

Ricardo sonrió. ¡Muy bien! ¡El también cenaría con ellas!

Y Toni se quedó atónita al ver a Ricardo acercarse resueltamente al militar y, después de golpearle amistosamente el hombro, decirle:

—¡Querido tío!

El coronel correspondió al saludo, no dejándole de extrañar que al pollito se le hubiese ocurrido presentarse mientras estaba hablando con aquellas damas.

Ricardo saludó gentilmente a éstas, y el coronel no tuvo más remedio que hacer las presentaciones de rigor.

—La señora baronesa de Garcer y su encantadora hija Antonieta... Mi sobrino, Ricardo Dupont.

—Señora baronesa... Señorita...

Toni no pudo menos de sonreír... El atrevido tenía suerte...

Feliz por aquella intervención providencial en su acercamiento a Toni, Ricardo avanzó resueltamente por el buen camino, y dijo, con una frescura polar hermanada con una simpatía irresistible:

—¿Me aceptan ustedes a comer en su compañía?

—Con sumo placer, señor Dupont—contestó Rosa.

Y Toni hizo un mohín ante la victoria que alcanzaba sobre ella Ricardo.

Marcháronse los dos parientes, y Toni, complacida de la aventura, pero resuelta a demostrarle a Ricardo que no le interesaba ni un ápice, vistióse su más primorosa *toilette*.

Un poco después, Rosa y Toni se reunieron con los Dupont en el suntuoso comedor del hotel.

Muchas parejas bailaban, alternando la danza con la comida.

Ricardo, que no había podido lograr hacer sonreír a Toni, cuya belleza le arrebatava, le dijo, antes de empezar a comer:

—¿Le gustaría a usted bailar, señorita?

¡Qué compromiso!

Miró a Rosa y al coronel, y viendo que éstos no la observaban en tales instantes, contestó a Ricardo:

—Estoy un poco fatigada... Disculpeme...

—¿Y después?—insistió el joven, que ardía en deseos de estrecharla entre sus brazos.

Un camarero les sirvió la cena. Toni iba examinando los platos, sin comprender...

¡Señor, qué complicación! ¡Qué

presentación más inverosímil! ¿Cómo se comía aquello? ¿Se necesitaba todo un tratado de buenas maneras para no hacer un mal papel!

Rosa y el coronel empezaron a comer. Ricardo esperaba que Toni lo hiciera, para imitarla; pero desconociendo la rigurosa etiqueta observada en aquel aristocrático ambiente, la gentil vienesa, que por su tipo y su correcto hablar parisense con una amable nota de sabor extranjero, parecía ser francesa, prefirió bailar con Ricardo para que, al volver a sentarse a la mesa, hubiesen traído ya un plato menos difícil que el primero.

Ricardo se consideraba un héroe, y le parecía vivir en el paraíso teniendo en sus brazos a Toni, que olía a nardos, a flor sana, a locura de amor...

—Baila usted como los propios ángeles—le musitó al oído.

—No sabía que los ángeles bailasen.

—Ellos vuelan... y eso hace usted.

—Pues procure que no le pierda de vista.

—Usted es incapaz de hacer eso... Con lo dichoso que soy a su lado...

—Ya he notado que es usted muy rápido en sus cosas... demasiado rápido...

—Hay fuerzas misteriosas que nos vuelven audaces... ¿no lo cree usted así?

—Me parece que usted no necesita que le empujen...

—Yo no tengo la culpa de que sea usted tan hermosa...

—Le ruego no me diga tonterías.

—¡Palabra de honor de que su belleza no es ninguna tontería, señorita!

—¡Es usted terrible!

—¡Mil gracias! Eso equivale a decir que no le soy tan indiferente como usted pretende demostrármelo.

—¡Qué presunción!

—¿Qué quiere que haga para que vea que soy un buen chico?

—No tengo ningún interés en ello...

—Vamos, baronesita linda, ba-

ronesita de los cuentos de hadas, desarrugue ese ceño... ¿No quiere que seamos buenos amigos?

—Su atrevimiento de esta tarde no le predispone mucho a mi favor...

—¡Quién se acuerda ya de eso! Este es otro momento...

—Para usted, sí; pero para mí...

Cesó el baile. Ricardo lamentó este "contratiempo", y, deseoso de seguir hablando con Toni, para endulzar su semblante, le dijo, estrechándole amorosamente una mano:

—¿Quiere usted ver el jardín del "Edén"?... ¡Es delicioso!

Toni iba a negarse a ir con él al jardín, pero el recuerdo de los raros manjares le hizo variar de opinión.

—No debería aceptar... pero no quiero que crea que soy rencoroso...

—Así me gusta, señorita... Antonieta...

Fueron al jardín encantado bajo la plata celeste, y el ambiente saturado del cálido y oloroso hálito

de las flores embriagó a la joven pareja.

Ricardo tomó una mano de Toni y la acarició sin que ella protestase.

Pasearon como buenos amigos, admirando la belleza de aquel paraíso terrenal. Unos cisnes, atraídos por la envidiable blancura de Toni, se acercaron a la orilla del estanque para besar sus pies...

Luego, envueltos en la mágica luz de la luna y en la poesía irresistible de aquel lugar encantador, Toni y Ricardo se sentaron en un banco que circundaba el tronco de un almendro en flor...

Con su albo vestido parecía Toni una visión...

Ricardo, en silencio, la contemplaba extático.

Ella apoyó su cabecita en el árbol de las simbólicas florecillas, y murmuró:

—¿Supone usted que el auténtico jardín del Edén sería tan bello como éste?

—¡Quién sabe!... De lo que estoy cierto es de que la auténtica Eva no era tan bella como usted—

respondió Ricardo acariciando el rostro de Toni con unas flores...

Y Toni, soñando, rumoreó:

—Le aseguro que Adán no sería de la misma opinión.

La brisa hacía caer sobre ellos los pétalos de las tupidas ramas del almendro... Parecían besos de pureza, como los que Ricardo daba con los ojos a la divina criatura que tenía delante...

Y así fué pasando el tiempo, hablando poco, diciéndose mucho con la mirada...

De pronto, Toni recordó que Rosa y el coronel los estaban esperando, y dijo:

—¡Y no hemos acabado de comer! ¿Qué pensará mamá?

—Pasó el tiempo sin darnos cuenta... Yo he vivido cien vidas esta noche, Antonieta.

—No nos entretengamos más,

se lo ruego... ¿Qué dirán de nosotros?

Regresaron al comedor, pero vieron que ya no había nadie en él.

—¡Oh! Debe ser muy tarde, cuando todos se han marchado ya.

—No tema... ¿Quiere que la acompañe al lado de su mamá?

—No, gracias... Estará acostada, seguramente...

—¿Nos veremos mañana?

—¿Cree usted que es necesario?

—¡Antonieta!

—Basta... Ricardo... Hasta mañana.

—¡Hasta siempre, amor mío!

—murmuró Ricardo viéndola partir.

¡Estaba verdaderamente enamorado! ¡Lo que ninguna mujer pudo conseguir de él en varios años, lo había logrado Toni en unas horas!

* * *

Rosa esperaba a Toni, acostada. Estaba fatigada del viaje. Al verla llegar sonriente, supuso el motivo y se guardó de reprocharle su tardanza y su ausencia durante la cena.

Toni se desnudó rápidamente y se metió en el lecho, junto a Rosa, a quien besó y dijo, sin darle más explicaciones:

—¡Tengo que contar a mi diario el día más feliz de mi vida!

—Bueno; tiempo tendrás para hacerlo, mañana... Ahora, a dormir. ¿No me dijiste antes que estabas cansada?

—Sí... pero era antes... Ahora estoy bien... muy bien... ni tengo sueño...

—Yo, sí; de modo que, a callar...

Ricardo se hallaba también en su habitación, y deseoso de seguir comunicándose con Toni, apagó y encendió la luz, viendo lo cual, dijo Rosa:

—¡Otra vez el telégrafo de señales!

Toni sonrió, y como ella había encendido y apagado varias veces la luz del dormitorio, Rosa añadió:

—¡Y ahora has empezado tú!

—Fue sin querer, Rosa... No vaya usted a creer...

—Sí, ya sé... El pollito ese es listo, y como tú le haces caso...

—¿Yo?

—En todo caso yo no tengo nada que ver con él... Por lo tanto...

—¡Ay, Rosa, cómo me gustaría

vivir siempre en Monte Carlo!

—Pues no te hagas ilusiones, hijita, porque nuestro sueño no puede exceder ni un día más de los fijados de antemano...

Ricardo no cesaba de llamar a Toni por las señales luminosas, y ella, para despedirle por aquella

noche, volvió a encender y apagar la luz de su cuarto, mandándole, a oscuras, con el último saludo, un besito.

En caso, sin saberlo, imitaba a Ricardo, que se los mandaba a docenas.

* * *

Cuando uno es feliz no se da cuenta de la rapidez con que se deslizan los días, al revés de cuando nos consideramos dejados de la mano de Dios. Entonces los días son interminables, como si el tiempo se complaciera en atormentarnos en nuestro dolor.

Y es que la felicidad se vive de prisa, sin dejarnos tiempo para mirar hacia atrás, con un afán de vivir que nos vuelve egoístas.

El diario de Toni contenía confesiones que prometían bellas realidades.

Ricardo no había cesado de aseguirarla, y cada vez veía Toni en él nuevas cualidades, escuchándole con más ilusión a cada nuevo encuentro.

También el coronel se había convertido en un admirador que

no desperdiciaba la menor ocasión para estar a su lado.

Rosa veía ese juego y se limitaba a aconsejar mucha prudencia y mucha formalidad a su prohibida.

Y, aquel día, Toni escribió en su diario lo siguiente:

Jueves:

El décimo día ha sido de gloria. Venturosos todos sus minutos, excepto cuando el coronel Dupont viene a galantearme.

Quiero escuchar mañana la canción que Ricardo ha compuesto para mí.

En efecto, el coronel galanteaba a Toni, abrigando la esperanza de que lograría enamorarla y convertirla en su esposa.

También el militar, llegado a la meta de sus correrías, se detenía al fin ante la puerta del paraíso. El *coup de foudre* había hecho sus efectos en él, como en Ricardo.

¿Quién vencería a quién?

Ricardo tenía celos cuando su tío hablaba a solas con Toni, y al coronel le sucedía lo propio cuando encontraba juntas a su sobrino y a la amada baronesita.

Pero ninguno de los dos se había declarado a ella.

¿Quién lo haría primero?

¿Qué contestaría Toni al que se adelantase a pedirle su mano?

Poco pensaba Toni en el militar. Ella no se casaría nunca con un hombre que tuviese muchos más años que ella, aunque fuese muy caballero. La juventud atrae a la juventud, y para ella no había otro hombre que Ricardo capaz de llevarla al altar.

Pero Ricardo era tímido, con ser muy osado, cuando al hallarse ante ella la miraba a los ojos, y su declaración no salía de sus labios por más que lo desease Toni.

Sin embargo, el anuncio por

parte de él de que al día siguiente le entregaría una canción compuesta para ella, hacía esperar a la enamorada que el momento tan anhelado se acercaba irremisiblemente.

Aquella noche tardó en dormirse. Aprovechando el sueño de Rosa se acercó a la ventana del dormitorio y, oculta entre las sombras, contempló a Ricardo en el marco de la suya dirigiendo sus miradas hacia la de ella. Y cuando se acostó, volvió a mirar hacia el cuarto de Ricardo y vió que había luz. Sin duda el amado estaba trabajando en la página musical que le dedicaba...

A la mañana siguiente, Toni vistióse la misma *toilette* que luciera la primera noche, y salió de su habitación más temprano que de ordinario.

Se acercó instintivamente al salón de música, en cuyo centro se erguía un piano de cola, pensando encontrar en él, en espera, a Ricardo.

Pero Ricardo no estaba allí todavía. Esperaría, paseando por las dependencias inmediatas.

El coronel la vió y fué a su encuentro, recitándole al oído nuevas estrofas galanas.

Poco después apareció Ricardo, quien al sorprender a su tío con Toni se disgustó, dejando encima del piano la partitura que había terminado aquella noche y apartándose de allí para no ser visto por el militar.

Toni hacía esfuerzos para soportar la presencia del coronel, y cuando éste despidióse de ella, requerido por otros asuntos fuera del hotel, bendijo la soledad.

Buscó a Ricardo por las inmediaciones del salón de música, y, no viéndole, aproximóse al piano.

Sobre la brillante caja vió una partitura, que no viera antes, y, curiosa, la cogió y la examinó.

¿De quién era? ¿Por qué estaba allí?

¡Y cuál no sería su sorpresa al leer el título de la canción y la dedicatoria!

Decían así uno y otra:

*"Lo que mis labios no pueden decir
A la baronesa Antonietta de Garcer
Por Ricardo."*

¡Oh! ¡Por fin!

Avidamente leyó la música, tarareando la romanza con embeleso, y entretanto, Ricardo, acercándose de puntillas al piano, sentóse ante él y sus dedos hicieron hablar por él a las teclas.

Toni volvióse, estremecida de pasión, y agradeció con el alma puesta en sus ojos la fineza de su amado.

Sentóse a su lado y escuchó la romanza.

Ricardo, envolviéndola en amorosas llamas, murmuró:

—Lo que mis labios no pueden decir, procurará decírselo mi música, Antonietta.

Y Amor hizo presa en Toni, cuyos ojos se humedecían de alegría.

¡La música de Ricardo le hablaba al corazón con palabras que los labios, por sabios que sean, no pueden pronunciar!

• ¡Cómo la amaba Ricardo!

¡Cómo le amaba ella!

¡Sus corazones se unían para siempre por el divino poder de la música!

El rumor de la música atrajo al salón a numerosos huéspedes, sin

que los enamorados se dieran cuenta de ello.

Y al terminar Ricardo la romanza, nutridos aplausos coronaron su inspiración.

Toni, turbada, tiñéndose de carmín sus finas mejillas, huyó de allí, llevándose, como un tesoro, la partitura, pero Ricardo no pudo escapar a las felicitaciones del auditorio.

Toni fué a reunirse con Rosa, y se abrazó a ella, diciéndole, loca de alegría:

—¡Qué feliz soy, Rosa!

Pero la baronesa, con melancolía, respondió:

—¡Y qué pocos días, querida, nos quedan de esta felicidad!

—¿Por qué, Rosa?

—Mira.

Le mostró el presupuesto, que arrojaba, aquel día, un balance de quinientos francos, ¡una miseria!

—¿Qué quiere usted decir?

—Sólo queda dinero para dos días más.

—¡Oh! ¡No es posible, Rosa!

—Sí, hijita. Hemos gastado mucho, y los quince días se reducirán a doce. No hay más remedio.

—¡No, no!

—Sí, Toni. Yo no puedo hacer milagros.

—¿Y para esto me trajo usted aquí? ¡Qué amargura, después de tanta felicidad, Señor!

—Calma, calma, niña.

—¡Usted me engañó! ¡No debía traerme aquí!

Se agitaba por la habitación, presa de violenta crisis de nervios, y, agotada, se dejó caer en un diván, llorando convulsamente.

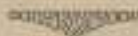
—Sé razonable, Toni. Habla... Expíciate... ¿Qué ocurre?

—¡Él me quiere! ¡Él me quiere!

—Bien... Me alegro... ¿Por qué alarmarse por eso? Si te quiere, te querrá por ti...

—¡No hay tiempo para nada! ¡Somos tan pobres!

La fiebre la hacía delirar.



V

Entretanto, el coronel Dupont escribía una carta para Toni.

Decía así:

Querida Antonieta:

Tengo el honor de ofrecer a usted mi corazón, mi mano y mi nombre.

Coronel Dupont.

Su sobrino entró en sus habitaciones en aquel momento y leyó esa carta.

—¡Pero usted no puede hacer eso!—exclamó.

—¿Quién me lo impide, Ricardo, si soy libre?

—¡Yo! ¿No sabe usted que voy a casarme con ella?

—¿Cómo? ¿Estáis prometidos?

—Todavía no, pero casi, casi.

—En el mismo caso me encuentro yo.

—Pero usted...

—Los dos la queremos, sobrino, y uno de los dos ha de ser el afortunado. Tú tienes tus esperanzas como yo tengo las mías. De modo que, hagamos una cosa.

—¡Ella me quiere a mí!

—¡Lo mismo creo yo!

—¡No es posible!

—Pronto lo veremos. Mira... Te doy treinta minutos para que

la pidas... Si en ese plazo no te acepta, la pediré yo.

—¿Treinta minutos nada más?

—Hay tiempo de sobra. En media hora puedes pedir en matrimonio a treinta mujeres. Empiezo a contar desde este momento.

—Espere... espere...

—Ya no espero más. Bastante he esperado ya.

Obligado a declararse rápidamente, y temeroso de que su tío, que aunque madurito era un buen tipo y tenía fortuna, lograra ser aceptado por marido por Toni, Ricardo dirigióse, sin vacilar ni un segundo más, hacia las habitaciones de la baronesa.

Rosa, para calmar a Toni, había administrado una dosis de narcótico. Unos momentos de sueño devolverían la paz a la nerviosa.

Cuando llegó Ricardo a presencia de Rosa, díjole sin timidez:

—¡Es necesario que yo vea a Antonieta ahora mismo!

Y Rosa le contestó, mostrándole a Toni en la cama:

—¡Dése prisa, entonces! Acaba de tomar unos polvos para dormir.

—¡Que no se duerma! ¡Que no se duerma! ¡Por favor!

Y mientras Rosa salía de sus habitaciones, Ricardo, llegado junto a Toni, gritaba:

—¡Antonieta! ¡Antonieta! ¡Despierte! ¡He de decirle algo muy importante!

Pero Toni dormía bajo el efecto de los polvos.

—¡Oiga, Antonieta! ¡Oigame, por favor! ¿Quiere usted casarse conmigo?

La callada por respuesta.

El tío, desde la ventana del cuarto de Ricardo, esperaba, reloj en mano, indicándole a su sobrino los minutos que faltaban.

Desesperado, Ricardo hizo mucho ruido con toda clase de objetos, empero Toni seguía durmiendo.

¡Inútil! ¡Ni que le disparasen una batería al oído! ¡Y el tío, contando, implacable, los minutos!

Ricardo se paseó nerviosamente por la habitación de Toni esperando que despertase antes de vencer el plazo que le había concedido su tío.

Tenía la garganta seca y, vien-

do un vaso y agua encima de la mesita inmediata a la cama de Toni, bebió unos sorbos, sin suponer que ingería la misma bebida que tomara Toni para dormirse.

Y sucedió que cuando Toni abrió los ojos, tornando a la realidad, Ricardo, sin poderlo remediar, quedó profundamente dormido, no pudiendo declarársele antes.

Toni se levantó de su cama y trató de despertar a Ricardo, que se había tumbado en la de Rosa.

—Ricardo, ¿qué hace usted aquí? ¿Por qué ha venido?—le preguntó, extrañada de encontrarle allí, acostado en el lecho de Rosa.

Pero ahora era Ricardo quien no podía hablar.

Y el plazo transcurrió. Y el coronel, convencido de que el triunfo le estaba reservado a él, dirigiéndose, a su vez, hacia las habitaciones de la baronesa.

Toni le abrió la puerta.

—¿Dónde está mi sobrino?—preguntóle, buscándolo con la mirada.

Enojada, Toni replicó:

—¡No me hable de su sobrino!
¡Le odio!

—Tampoco yo le tuve nunca gran afecto. ¡Es tan extraño!

—¡Muy extraño, sí!

—Olvidele usted... y hablemos nosotros... Tengo que decir a usted algo... realmente trascendental.

—Estoy un poco nerviosa, coronel...

—Es un momento nada más... Tal vez me expresaré mejor con la música.

Fué al piano y, disponiéndose a tocar, añadió:

—Es una canción que he compuesto expresamente para usted.

Empezó a tocar, y en seguida vió Toni que el tío había usurpado la canción de Ricardo, tachando en el papel el nombre del autor. ¡Qué impostura!

Ricardo despertó en aquellos instantes y al oír su música se acercó al saloncito y su asombro no tuvo límites al ver a su tío tratando de engatusar a Toni.

¡El muy canalla! ¡Se las pagaría todas juntas!

Pero el amor le inspiró de nue-

vo. Desde la puerta hizo seña a Toni de que se reuniese con él en la otra habitación, y Toni, después de negarse repetidas veces, no pudo menos de acceder a su deseo, pero deseosa de recriminarle su inculcable conducta de dormilón.

—¿Por qué me llama usted?— le dijo—. ¿Por qué no dormía usted hasta el día del juicio?

—No puedo explicarme lo ocurrido... En fin, sólo me interesa decirle que... que la quiero, Antonieta... que no le haga caso a mi tío...

—¿Por qué no se despertó cuando le llamé?

—Podría decirle lo mismo... y no lo hago... Olvidemos eso, Antonieta, y crea en mis palabras... ¡Amor mío!... ¡Mi cielo!

En el verbo juvenil había vehemencia, pasión, fuego... Esto era un arrullo y lo demás era... música.

Y, como era de esperar, venció la juventud, la verdad.

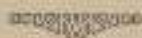
El tío, al terminar la apropiada música, buscó a Toni y se llevó chasco. Pero pensó que se había ocultado para que no la viese ruborizada. ¿Dónde estaría?

Abrió la puerta de la habitación inmediata... y la volvió a cerrar furiosamente.

¡Qué escenita para un rival! ¡Sorprendió a su sobrino besando a Toni! ¡Y de qué modo!

—¿Qué ha sido eso?— dijo, asustada, Toni.

—Nada, amor mío. Un estornudo de mi tío... Como es tan viejo, el pobre...



VI

La boda se anunció para dos días después. Ricardo tenía prisa, y como andan sueltos por ahí tantos demonios, no quería exponerse a que le robasen al ángel que era toda su vida.

El novio avisó a sus familiares, y el día de la boda se reunieron todos los más cercanos en el hotel de Monte Carlo, para asistir a la ceremonia.

La novia lucía un maravilloso vestido blanco, que todos los parientes de Ricardo admiraron, haciéndose lenguas de su fabuloso coste.

Las joyas eran valiosas y de buen gusto. Ricardo había querido

sufragar todos los gastos y, francamente, había hecho alarde de generosidad.

En el *hall* del hotel los huéspedes esperaban la aparición de los novios, para añadirse a la comitiva.

El director del "Edén" dió instrucciones a la música de la casa para que tocase el Himno Nupcial tan pronto apareciese la novia, y sólo se esperaba, para el solemne acto, la llegada de un tío de Ricardo, nombrado por éste padrino de boda.

¡Y ese tío era nada menos que Enrique D'Avril!

Llegó casi con retraso, muy aje-

no a la sorpresa que le esperaba.

Ricardo salió a recibirle, y tío Enrique le dijo, jovial:

—Te felicito, chico. Nuestros queridos parientes te erigirán un altar por tu gesto de traer un título a la familia.

—No me importa el título, tío. Lo que me importa es ella. Ya la verás. ¡Es encantadora!

—Ardo en deseos de conocerla, para darte mi opinión.

Simultáneamente, Toni, flaqueando su ánimo en los últimos instantes, decía a Rosa:

—¡Esto no puede prolongarse más, Rosa! Debo despertar de mi sueño. Debo decir a Ricardo que no soy hija de usted.

—Pero, Toni, ¿qué tonterías dices? ¿No te he adoptado legalmente? ¿Pues eres, en realidad, hija mía y baronesa!

—Sí, es verdad. Gracias a usted soy eso, baronesa... pero no sé... creo que Ricardo debe saber...

—No es una cuestión vital, hija mía... Si lo fuese, yo sería la primera en aconsejarte que hablastes. En cuanto a tu pobreza, no es ningún crimen. Él no sabe si eres rica

o pobre, y tú tampoco sabes si él es millonario. No se ha hablado de cuestión de intereses...

—Cierto, cierto... En fin, yo amo a Ricardo y él me ama a mí. No quiero saber nada más.

Ricardo fué a anunciar a Toni la llegada de tío Enrique y el deseo de éste de entrar a saludarla, y Toni respondió, apostada detrás de la puerta de su cuarto:

—Bienvenido, tío Enrique. Usted puede entrar, tío Enrique... ¡Ricardo, no!

Entró D'Avril, y apenas vió a Toni se detuvo, lleno de asombro.

—¿Qué veo? ¿Baronesa usted? ¡Esto es sorprendente! ¿Estamos todavía en el "Palais de Paris"?

Toni no supo qué contestar y estuvo a punto de desmayarse.

Rosa llegó en aquel instante ante ellos, y, lejos de la realidad, dijo a D'Avril, dignamente:

—¡Debió avergonzarse de su fracaso y dejar de perseguirla!

Pero Toni le reveló:

—Es el tío Enrique, Rosa.

—¡Oh! ¿Usted, tío de Ricardo? Permítame, Toni... Necesito

hablar a solas con el señor D'Avril.

Y Rosa explicó a D'Avril, que era un caballero cuando llegaba la ocasión de demostrarlo, la pura verdad.

Y D'Avril dijo a las dos mujeres:

—Lamento lo ocurrido en Budapest entre ustedes y yo, y les presento mis más sinceras excusas. Si en algo puedo ayudarlas, considérenme amigo de ustedes.

Toni le suplicó que hablase con Ricardo, pero D'Avril prefirió que fuese ella quien arreglase con su sobrino aquel asunto.

Y Toni, resueltamente, habló con Ricardo, sin ocultarle nada.

La familia lo oyó todo y se desataron los orgullos de raza.

¡Ah, la pícara! ¡Pero no se saldría con la suya! Ricardo no se casaría con ella. ¡La pobretona!

Sorprendido y acorralado por sus parientes, Ricardo no supo tomar una rápida decisión, y dos de sus parientes, haciéndose eco del sentir general, fueron a entrevistarse con Toni, ofreciéndole una

cantidad para que huyese inmediatamente del hotel, dejando libre a Ricardo.

Indignada, creyendo que Ricardo tenía complicidad en aquella denigrante proposición, Toni salió de su cuarto, y, encarándose con Ricardo y sus parientes, le dijo, despojándose de sus joyas y vestidos, hasta quedar solamente en camisa-pantalón:

—¡Ahí tienes tus regalos! ¡Ahora, que te busquen novia tus parientes!

Tío Enrique había hablado unos momentos con Ricardo.

—¿Vas a permitir que esta jauría te haga desistir de casarte con una muchacha encantadora, de honestidad a toda prueba?

—¡No! — habíale contestado Ricardo.

Y ahora, viendo a Toni huir, sin saber lo que hacía, hacia el *hall* del hotel en paños menores, con la consiguiente algarabía por parte de los huéspedes masculinos y las protestas de los femeninos, corrió tras ella.

La música del hotel tocó la

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Marcha Nupcial al ver salir a la novia, sin fijarse en el detalle de la camisa-pantalón.

El director, para evitar el escándalo, mandó apagar las luces, pero los caballeros siguieron contemplando a Toni a la luz de unas cerillas.

La escena resultó altamente interesante.

Pero Ricardo se encargó de terminarla pronto, pues, al encenderse de nuevo las luces, tomó en sus brazos a la novia rebelde, y gritó a los huéspedes:

—¡Paso, señores, paso!

* * *

Al llegar a sus habitaciones, donde la condujo Ricardo, Toni se metió en la cama, y se negaba a casarse.

Rosa tuvo que intervenir para devolverla a la razón.

—¡Basta ya de insensateces y cástate ahora mismo!

Llegó el sacerdote, avisado por Ricardo, y dijo le Rosa:

—¡Cáselos usted!

Ricardo juntó su mano a la de Toni, y el cura pronunció las preguntas de ritual:

—¿Quiere usted por esposa a esta mujer?

—Sí, padre.

—¿Quiere usted por marido a este hombre?

¿Qué iba a contestar Toni?

¿Que no?

Expectación.

No contestó nada...

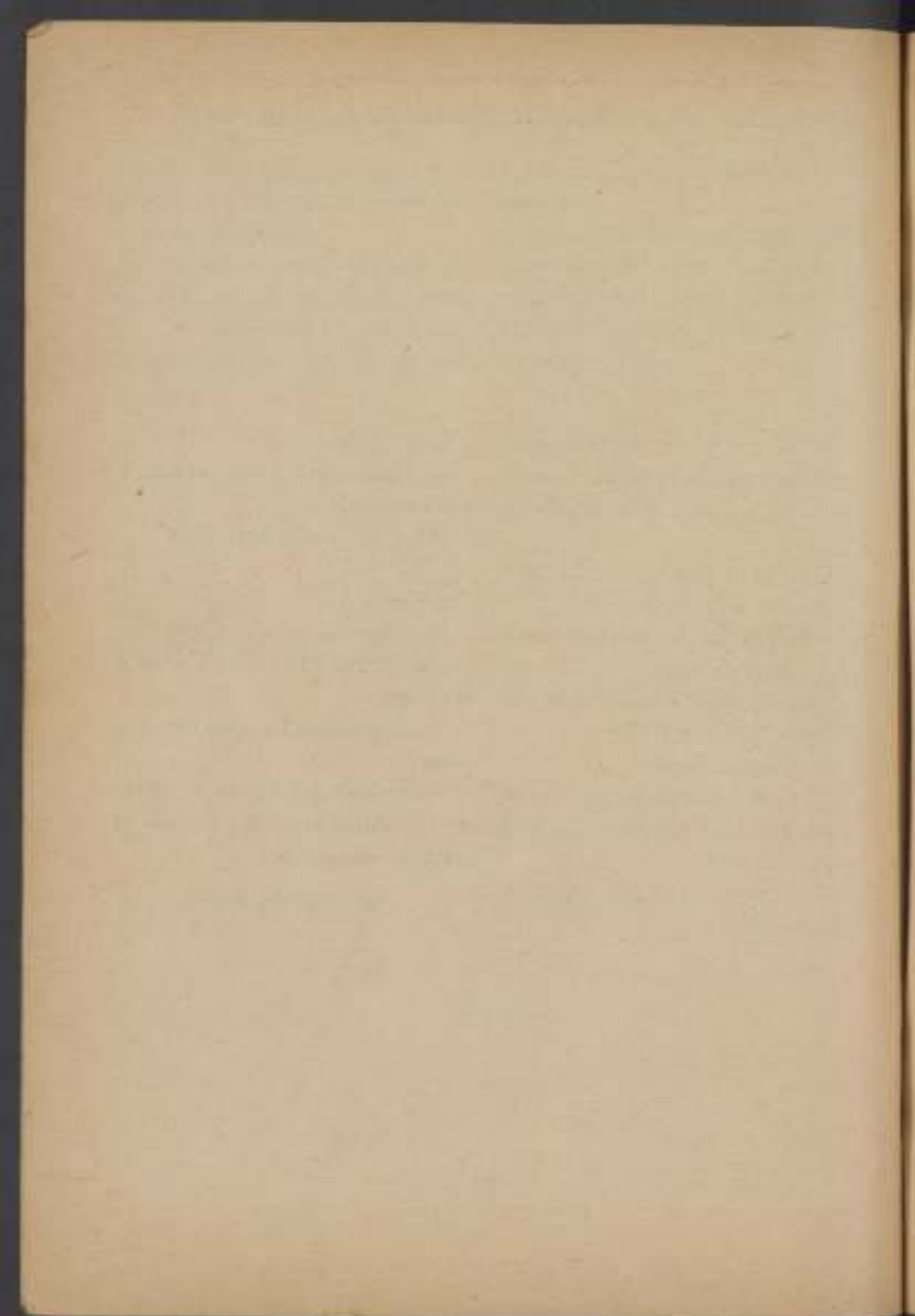
¡Se abrazó con toda su alma a Ricardo!

Y al sacerdote le bastó esta respuesta.

Momentos después, en el cuarto de la habitación de los novios, se colgaba este cartelito:

¡NO ESTORBAR!

F I N



Próximo número:

La emocionante novela

El martirio
de la
Princesa Maxence
(Leyenda de la iglesia primitiva)

PRODUCCIÓN PREMIADA EN EL CONCURSO DE LA HAYA

Traducción de la novela original de
ELIGÈNE BARBIER

Creación de
LUCIENNE LEGRAND



Exclusiva del famoso
Repertorio DULCINEA
M. DE MIGUEL

PROFUSIÓN DE FOTOGRAFÍAS ■ ARTÍSTICA PORTADA

COLECCIONE USTED

los lujosos libros de las ediciones especiales de
La Novela Semanal Cinematográfica

LIBROS PUBLICADOS:

La Viuda Alegre, por Mac Murray, John Gilbert y Roy d'Arcy. — **El Gran Destile**, por John Gilbert y René Adoré. — **Miguel Strogoff o El Correo del Zar**, por Ivan Mosjoukine, Nathalie Kovanko y Tina Meller. — **La princesa que supo amar**, por Huguette Duflos y Charles de Roche. — **El coche número 13**, versión moderna de la célebre novela de Xavier de Montepin. Creación de la genial artista Lily Damita. — **Sin familia**, por Leslie Shaw. — **Mare Nostrum**, por Alice Terry y Antonio Moreno. — **Nantás, el hombre que se vendió**, por Lucienne Legrand y Donaten. — **Cobra**, por Rodolfo Valentino. — **El fin de Montecarlo**, por Francesca Bertini y Jean Angelo. — **Vida bohemia**, por Lillian Oish y John Gilbert. — **Zazá**, por Gloria Swanson. — **¡Adiós, juventud!**, por Carmen Boni. — **El judío errante**, por Gabriel Gabrio. — **La mujer desnuda**, por Louise Lagrange, Ivan Petrovich, Nita Naldi, etc. — **Casanova**, por Ivan Mosjoukine. — **Hotel Imperial**, por Pola Negri. — **La tía Ramona**, por Luisa Fernanda Sala. — **Don Juan, el burlador de Sevilla**, por John Barrymore. — **Noche Nupcial**, por Lily Damita. — **El Séptimo Cielo**, por Janet Gaynor y Charles Farrell. — **Beau Geste**, por Ronald Colman. — **Los Vencedores del Fuego**, por Charles Ray y May Mac Avoy. — **La Mariposa de Oro**, por Lily Damita. — **Ben-Hur**, por Ramón Novarro. — **El Demonio y la Carne**, por Greta Garbo, John Gilbert y Lars Hanson. — **La Castellana del Líbano**, por Arlette Marchal e Ivan Petrovich. — **La Tierra de todos**, por Antonio Moreno y Greta Garbo. — **Tripoli**, por Esther Ralston y Charles Farrell. — **El Rey de Reyes. La ciudad castigada. Sangre y Arena**, por Rodolfo Valentino. — **Aguijas triunfantes**, por Phyllis Haver y Rod La Roque. — **El Sargento Matacara**, por Lon Chaney. — **El Capitán Sorrell**, por H. B. Warner.

que han constituido otros tantos éxitos para esta Colección, la cual será considerada la Biblioteca más amena, selecta e interesante.

SEA LISTED COLECCIONISTA

de la selecta

Biblioteca "Nuestro Corazón"

publicación quincenal de novelas
sentimentales de reputados autores

NÚMEROS PUBLICADOS:

Núm. 1

La que se hizo amar

por Marcel Proust



Núm. 2

Nada se borra

por Max Dervieux



Núm. 3

La esposa y la amiga

por José Baeza Valero



Núm. 4

**El hombre que no servía
para nada**

por Jorge Clary



Núm. 5

La falta del hombre

por René Trolet de Borgia



Núm. 6

Mujeres...

por Francisco-María Bialagne

Núm. 7

Lecciones de la vida

por Félix Léonnet



Núm. 8

La Primavera reflorece

por Michel Nour



Núm. 9

El señor Francisco

por Francisco-María Bialagne



Núm. 10

Alas rotas

por Andrés Bayón Bello



Núm. 11

A la deriva...

por Angel Baró



Núm. 12

María Luisa

(novela cubana)

por Manuel Reñisín Solomayor



Recomendamos a todos la
lectura del sentimental y au-
téntico manuscrito hallado en
las trincheras

El amor de un soldado desconocido

Novela inglesa traducida al
castellano por el Doctor Max.

ÉXITO EDITORIAL

La obra del día en España
y América

Precio: 3'50 Pesetas



CHANG

ES LA MEJOR NOVELA
DE AVENTURAS

Adquiera este interesante libro, de las aventuras de los famosos exploradores Merian C. Cooper y George B. Schoedsack, desarrolladas por el culto escritor

Doctor Max

EN TODAS LAS BUENAS
LIBRERÍAS

Precio: 3 Ptas.

16 ILUSTRACIONES EN PAPEL COUCHÉ

¡No se deje V. sorprender por imitaciones!

Las mejores novelas de cine, las más acreditadas, las que merecen la aprobación unánime, son:

**La Novela Semanal
Cinematográfica**

**La Novela
Metro-Goldwyn**

La Novela Paramount

y

**Los Grandes Films
de La Novela Semanal
Cinematográfica**

En preparación:

La Novela Fox

Publicadas por EDICIONES BISTAGNE

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Bérbará, 16. — Madrid: Ferraz, 21.



EB

Precio: 1'50. ptas